

# SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

→\* Arte \* Arqueología \* Historia \*←

⌘ MADRID.—Septiembre de 1924 ⌘

◇ ◇ ◇ ◇ AÑO (4 NÚMEROS), 16 PESETAS ◇ ◇ ◇ ◇

*Sr. Conde de Cedillo, Presidente de la Sociedad, General Orda, 9 moderno*  
*Director del Boletín: Sr. Conde de Polentinos, Plaza de las Salesas, 8.*  
*Administradores: Sres. Hauser y Menet, Ballesta, 30.*

## MONUMENTOS TOLEDANOS

### EL CASTILLO DE MONTALBÁN

#### I

Hállase este castillo en término de San Martín de Montalbán, a cuatro kilómetros al NNO. del pueblo, en el extremo septentrional de la llamada *dehesa de Montalbán*, de unas novecientas fanegas de cabida.

Es una gran fortaleza y vasto campo cerrado y defensivo, limitado por el S. con bastante regularidad y muy irregularmente por los demás puntos cardinales, en que se adapta a las sinuosidades del terreno. Así su planta viene a ser una especie de triángulo muy deformado, cuyo vértice o ángulo más agudo se halla al SE.

La situación de la fortaleza es grandemente estratégica. Asentada en parte sobre enormes peñas graníticas, ciñela por el N. y NO. el río o arroyo Torcón, que corre encajado entre grandes rocas y forma allí un tremendo abismo de unos cien metros de hondo, y la limitan por los costados E. y O. dos torrenteras que dan en el mismo Torcón, resultando así la fortaleza inexpugnable por los tres lados. La banda meridional o delantera es llana y la única accesible, por lo que el constructor acumuló en aquel lado poderosas defensas. Encuéntrase primero un ancho foso, hoy casi destruido; tras él una torre avanzada, de piedra, baja, ancha, de planta circular y con grandes merlones prismáticos con pira-

midiones; un contramuro o barrera, que limita el recinto exterior murado con su camino, que corre por delante del castillo de una a otra torrentera; y, en fin, el gran frente o recinto principal del castillo con sus altas y extensas cortinas almenadas y sus dos magníficos espolones o torres albarranas, destacadas buen trecho de la línea general. En varios de estos elementos defensivos, como tan importantes, me ocuparé a continuación.

La fábrica de la fortaleza es muy fuerte, generalmente mampostería bastante menuda con recio mortero de cal y arena.

El contramuro que queda mentado va siguiendo los contornos de la gran muralla interior, a cuya misma época corresponde. Vese coronado de merlones de igual módulo y longitud y en él se abren a trechos aspilleras. Tres puertas de ingreso y una poterna hay en este recinto externo. La principal es apuntada y de piedra caliza y radica en el espacio comprendido entre los dos espolones de la fortaleza. Las otras dos, también apuntadas, están, respectivamente, próximas al gran espolón de la derecha y al ángulo SE. de la fortaleza; y la poterna, apuntada asimismo, a la izquierda del espolón izquierdo, o sea entre el S. y el O. del monumento.

Lo más interesante desde el punto de vista artístico es, sin duda, el gran frente principal, que mira al SSO. Las fuertes cortinas muestran su coronamiento de merlones prismáticos, con los espacios o almenas de una mitad de ancho, para extremar el resguardo de los defensores.

Parte principalísima de la defensa y miembros característicos de esta fortaleza son los dos hermosos espolones ya mencionados, que superan en belleza y majestad a los de los recintos de Escalona y Talavera, de los que, además, se diferencian por la planta. La de éstos es un pentágono con sus dos principales lados paralelos y otros dos salientes formando ángulo agudo. Ambos están perforados por sendos, esbeltísimos arcos apuntados, que permitían el tránsito al mismo pie de la muralla. Consérvanse ya en estos espolones pocos canes de piedra berroqueña, sobre los que corría el andamio, hoy destruído. La sillería de los dos grandes arcos apuntados, como la de las esquinas, es de piedra caliza. De los dos espolones, el de la derecha, bajo el cual puede circularse, es el más notable por más completo y por los especiales caracteres que reúne. Por cima de su gran arco aparecen estrechas aspilleras de piedra, y cuatro matacanes de ladrillo más o menos mutilados sobre sendas parejas de canes graníticos. La estancia más baja del espolón, por cima del arco, cúbrese con muy fuerte bóveda de sillería; y además hay otras estancias provistas de

excelentes bóvedas de arista, de fino ladrillo. Así en las grandes cortinas como en los espolones obsérvanse trozos de escorias incrustados en el fuerte revestimiento de cal.

Diestramente situadas en las murallas al abrigo de los dos espolones y a la derecha de ellos, están las dos puertas de ingreso al recinto interior de la fortaleza, de forma apuntada ambas, tapiada hoy la del espolón derecho.

Junto a éste se alza aún, aunque muy desfigurada, la torre mayor, que conserva algunos merlones, con piramidió de ladrillo. En ella se ven una alta y ancha puerta apuntada, tapiada, estrechísimas aspilleras, un matacán completo sobre dos modillones de piedra y restos de otros. Las estancias de esta torre, a la que se asciende, como al inmediato espolón, por una escalera interiormente adosada a la muralla, que en parte se conserva, se cubren con bóvedas de ladrillo.

El gran lienzo de muralla que corresponde al E. tiene su almenaje muy destruído.

Comprende el área de la fortaleza obra de unas tres fanegas de extensión. La sinuosa cerca que la ciñe, formando hacia el N. un acentuado ángulo saliente, conserva más o menos mutilado su adarve, con su camino de ronda, protegido por almenaje de grandes merlones cuadrilongos sin chapitel. La altura media de los merlones es de 3 y 1/2 a 4 palmos; la anchura, de 3 y 1/2 a 5 y 1/4 y el grosor de 2 y 1/2. La luz de las almenas oscila entre 3 y 1/2 y 4. La fábrica mural correspondiente al N. y NO. que pende sobre el hórrido precipicio, es por dentro muy baja, por bastar en aquel lado con la gran defensa natural que allí presenta la fortaleza. Además de las dos puertas reseñadas, tres poternas permitían a los defensores de este recinto realizar las convenientes salidas y también el aprovisionamiento de agua en el río y las torrenteras. Una, hoy destruída, estaba junto al ángulo del SSE.; otra, que es apuntada y de bien labradas dovelas, existe al N.; y la tercera, de arco de medio punto, permanece al NO.

Tres escaleras al descubierto, ahora bastante estropeadas, arrimadas a los muros del S. y del E., facilitaban el acceso a las torres y a los adarves.

Dos construcciones aisladas, y ya hoy destrozadísimas, llaman la atención en el interior de la fortaleza. Los restos de una de ellas ocupan el centro de la gran plaza. Su planta es cuadrilonga. Consérvanse generalmente los muros de las fachadas anterior y posterior, en parte de fuerte

hormigón y en parte de tierra y con carácter de gran arcaísmo; y en la fachada delantera se abre una puerta de forma apuntada y traza árabe. La otra fábrica, menos interesante, es un pequeño torreón sito cerca del más completo de los salientes espolones, y que fué sin duda edificio más extenso y debió de servir para acuartelamiento y para otras dependencias.

Hubo también en la fortaleza ciertas substrucciones, de que aun se conservan rastros. A la izquierda de la puerta de ingreso al recinto exterior, junto al foso, bajo el ancho torreón avanzado, hay, según cuenta quien dice haberlo visto, una entrada a un subterráneo al que llaman en el país "La Mina". Y en el gran recinto interior descúbrese estancias subterráneas, alguna de las cuales pudo ser caballeriza, así como también aljibes y silos.

Por último, importa notar que en la obra de sillería de la fortaleza, esquinas, puertas, etc., aparecen por doquiera signos lapidarios en tan gran número, que en este concepto el castillo resulta el más curioso monumento civil de la provincia de Toledo.

Esta imponente y robusta fortaleza es un notabilísimo ejemplar de la arquitectura militar medieval, árabe y cristiana, obra de los siglos XII, XIII y XIV.

## II

El castillo de Montalbán debe de ser por su origen uno de los más antiguos de la línea de defensas de la orilla izquierda del Tajo. Parece que muy próxima al castillo pasó una calzada romana, cuya existencia señaló el académico de la Historia Sr. Coello (aunque no se descubre hoy), y esta circunstancia permite sospechar que había allí un castillo romano. Lo seguro es que ya lo había en la época árabe y muy probable resto de esta época es lo que queda de la torre central antes descrita.

A raíz de la reconquista del territorio ya figura con el nombre de Montalbán un importante estado o dominio, cuya cabeza era entonces el castillo. Que se le consideraba como tierra privilegiada lo demuestra el hecho de que Alfonso VII eximió a los habitantes de Montalbán de hacer la *facendera* en la ciudad de Toledo, a lo que venían obligadas todas las villas del *término de Toledo*; y esto consta expresamente en el fuero general toledano concedido por San Fernando (en Madrid a 16 de Enero de la era 1260), en que se confirman muchas de las franquicias otorgadas por los Alfonsos VII y VIII.

De las más antiguas posesiones que tuvieron los templarios en España debió de ser el dominio y castillo de Montalbán, que les donó el mismo Alfonso VII al terminar el primer tercio del siglo XII. Los Templarios hicieron de Montalbán una de las más importantes encomiendas de la Orden en Castilla y en el propio siglo XII reconstruyeron la fortaleza, cuya obra es la que en la mayor parte de lo existente se conserva.

Siguió el castillo de Montalbán en poder de los Templarios hasta 1308 en que, aun antes de que la orden fuera abolida en el Concilio de Viena del Delfinado, el rey Fernando IV secuestró los bienes que el Temple poseía en sus estados. Castillo y encomienda permanecieron durante algunos años sujetos a la Corona, hasta que Alfonso XI hizo donación de ellos al célebre magnate D. Alfonso Fernández Coronel, juntamente con los de Capilla y Burguillos, "que son tres castillos de los mas fermosos y fuertes que son en el Regno de Castilla" al decir de la *Crónica* abreviada del Rey Don Pedro. Enemistado Fernández Coronel con este monarca, por los años 1351 bastecía sus fortalezas, entre ellas la de Montalbán, temiendo la venganza de Don Pedro; pero no le valió su precaución, pues en el siguiente 1352 vino el Rey desde Andalucía, donde estaba, para Castilla y pasó por Montalbán, entregándosele la fortaleza. (*Crónica del Rey Don Pedro*, de López de Ayala, año III, cap. III.)

De esta época, ya bajo el dominio de Fernández Coronel o bajo el del Rey Don Pedro, deben datar, a lo que creo, numerosas obras hechas en el castillo, que modifican notablemente la uniformidad de carácter de la construcción del siglo XII. Entonces debió de reformarse mucho la torre mayor y añadirse los matacanes del espolón derecho. Artistas mudéjares hubieron de tomar parte importante en algunas de estas obras y labrar varias de las ya mencionadas bóvedas de ladrillo, que por la ligereza de su material se hacían sin cimbras, del mismo modo que se construían muchas cúpulas orientales.

En 1353, después del suplicio de D. Alfonso Fernández Coronel, donó el Rey a su hija y de D.<sup>a</sup> María de Padilla, D.<sup>a</sup> Beatriz, el castillo o fortaleza de Montalbán, que en aquel mismo año figuró en un interesante episodio histórico. Determinado ya Don Pedro, aunque no de su grado, a casar con D.<sup>a</sup> Blanca de Borbón, en Mayo de 1353 desde Torrijos partióse a Valladolid, dejando en el castillo de Montalbán a D.<sup>a</sup> María de Padilla, acompañada de su hermano bastardo Juan García (después Maestre de Santiago) y de otros hombres de armas de quien el Rey fiaba. Conocida

es la extraña y desatentada conducta del monarca, quien, a los dos días de su matrimonio (contraído en 3 de Junio), abandonó a la triste doña Blanca, huyendo súbitamente de Valladolid, y casi no parando, en su desenfrenada carrera, hasta llegar en busca de su amada. Y prueba la premeditación y alevosía con que procedió, el hecho de que, siendo tan rápida su fuga, ya no obstante había enviado delante de él emisarios al castillo de Montalbán para que D.<sup>a</sup> María se trasladase a la Puebla, como así lo efectuó, hallándola allí el Rey. Ya juntos en esta villa, al segundo día de estancia marcharon a Toledo. (*Crónica del Rey Don Pedro*, de Ayala, año IV, capítulos V, XII y XX.)

La fortaleza no vuelve a sonar en nuestra Historia por modo importante hasta el reinado de Don Juan II, en el año 1420, en que pasaron transcendentales acontecimientos en su reinado.

Ya en la parte historial de ciertos artículos que escribí, referentes a los castillos de Villalba (término de CEBOLLA) y de MALPICA, hube de ocuparme en la fuga emprendida desde Talavera de la Reina, en la madrugada del 29 de Noviembre de 1420, por D. Juan II en compañía de D. Alvaro de Luna y de otros caballeros, para escapar de la odiosa sujeción en que le tenía el Infante D. Enrique; en su breve detención en los castillos de Villalba y de Malpica y en su seguimiento al de Montalbán, donde llegó con los suyos al declinar la tarde del mismo día 29, temeroso de que D. Enrique con sus parciales, que habían salido en su persecución, pudieran darle alcance. Resumamos lo que después sucedió, extractándolo de las Crónicas coetáneas.

Era a la sazón la fortaleza, de la Reina D.<sup>a</sup> Leonor de Aragón (nieta de Alfonso XI), y así por esta circunstancia, como por lo inopinado del caso, mandó el Rey ir delante a toda prisa al castillo de Montalbán para tomar la puerta a dos de los caballeros que le acompañaban, que fueron Diego López de Ayala y Pero Carrillo de Huete. Llegados éstos a la puerta del castillo, quiso oponérseles un mozo del alcaide que acaso salía, pero uno de los caballeros dióle una espadada de plano en la cabeza, con que desamparó la puerta, y sin más dificultad entraron ambos en el castillo y se apoderaron de la torre del homenaje “é si a tal punto no llegaran—dice la Crónica de D. Juan II—pudiera ser de estar todo el día que no los abrieran, según la grandeza del castillo é la grandeza del frío, é por eso estaban los del castillo todavía en la cocina, que era muy lexos de la puerta“.

Llegó, pues, el Rey, acompañado del Conde D. Fadrique, el Conde de Benavente y Alvaro de Luna, hallando el castillo sin más bastimentos que unos cuantos panes y un poco de harina, vino y cebada, con lo que en el acto envió cartas a los lugares comarcanos para que le llevaran vituallas. Dióse el monarca a recorrer el castillo para cerciorarse de sus condiciones defensivas. Era ya de noche y no había allí ni una mala candela de sebo. Metiósele a Juan II un clavo por la planta del pie y la mujer del alcaide tuvo que ejercer de cirujano quemando luego la llaga con aceite. ¡Gentiles trances para todo un rey de Castilla!

Sabida la noticia de la extraña estancia del Rey en el castillo, antes del amanecer del día siguiente acudieron cincuenta ballesteros y lanceros de las cercanías con algunas provisiones. Don Alvaro, por su parte, comenzó a dictar disposiciones para que a toda prisa se reparase el castillo, pues veía inevitable el cerco.

En tanto, los magnates y caballeros que con gente de armas de a pie habían salido en pos del Rey, detenidos por su mismo considerable número al pasar la barca de Malpica, no llegaron hasta el siguiente día ante el castillo de Montalbán. Adelantáronse como mensajeros Alonso Tenorio, Juan de Tovar y Payo de Ribera y llegados a la barrera del castillo, desde allí platicaron con el Rey que estaba en el adarve; los unos casi recriminando al monarca, de parte de D. Enrique, por su salida de Talavera y el otro sincerándose, afirmando que había marchado por su voluntad y por creerlo conveniente a su servicio. Como el singular coloquio se prolongase y los interpelantes llegaran a asegurar que no se irían de allí sin que el Rey saliera del castillo, Don Juan acabó por decirles "que se fuesen en buen hora", con lo que los comisionados tornáronse al Infante, dándole cuenta del fracaso de su misión.

Vuelto el Infante a Talavera, contestó a la fuga del Rey reuniendo su consejo, en el cual se tomaron acuerdos tan irrespetuosos y depresivos para la majestad como los de guardar con gente armada todos los pasos y puertos, quebrar o anegar todos los barcos del Tajo y ocupar los puentes y, en fin, impedir todo socorro de hombres y bastimentos para el Rey de Castilla encerrado en Montalbán.

A todo esto el Condestable Don Ruy López Dávalos y los Señores que le acompañaban, parciales todos del Infante Don Enrique, asentáronse delante del castillo "de tal manera que no podía entrar un hombre a caballo ni salir otro"; es decir, pusieron cerco en toda regla impidiendo

la entrada de víveres y facilitando tan sólo a diario una gallina, un pan y un jarro pequeño de vino (*sic*) para comer y otro tanto para cenar, con que el Rey no pereciese de hambre. Y como empezara a llegar gente de las Hermandades por servir a Juan II con mantenimientos, uniendo los sitiadores al desacato la burla, después de apoderarse de las vituallas, obligaban a los portadores a quedarse en el campamento, convenciendo a aquellas sencillas gentes de que así lo requerían el real servicio y la necesidad de sacar al soberano del estado en que se hallaba.

Vista tal situación, Don Juan acordó con los suyos pedir auxilio a los leales del reino, al Infante Don Juan, al Arzobispo de Toledo, al Almirante Don Alonso Enriquez y a otros magnates principales y a todas las ciudades y villas para que acudiesen a Montalbán a libertarle. No dice la Crónica cómo se las hubieron los emisarios para salir del castillo; pero todo hace creer que utilizarían las tres poternas o alguna de ellas, por donde no pudiera ser tan rigurosa la vigilancia.

Sabido pronto el caso por el Infante Don Juan, que estaba en Olmedo, en 5 de Diciembre partióse para Montalbán con cuantos señores y hombres de armas pudo allegar por el momento, que no eran muchos. Por su parte el Arzobispo de Toledo D. Sancho de Rojas, que se hallaba delicado de salud en Alcalá de Henares, reunió atropelladamente entre sus vasallos y los de sus parientes y amigos hasta setecientos hombres, amén de tomar ciertas providencias para facilitar el envío de más fuerzas en favor del regio prisionero.

En tanto, llamado el Infante Don Enrique por los caballeros que dirigían el cerco, llegó al real habiendo dejado antes a la Reina y a la Infanta, que también estaban en Talavera, en la Puebla de Montalbán. Los Señores celebraron en el real un consejo, determinando que siguiese el asedio del castillo, aún más apretado.

Amargos fueron aquellos días para el oprimido soberano de Castilla y para sus compañeros de encierro. En el castillo no había más cama que la del alcaide y el Rey tuvo que aprovecharla hasta que los sitiadores quisieron enviarle una en que durmiese. Como los defensores eran unos cincuenta hombres, con hasta veinticinco caballos y mulas, rápidamente se agotaron las escasísimas provisiones que habían podido entrar el primer día. Fuera de la persona del Rey, la gente estaba a muy corta ración de pan. En este conflicto, al cuarto día de su estancia, Juan II ordenó que se matasen algunos de los caballos, comenzando por

el suyo, con lo que se pudo sostener la guarnición, sin que hicieran ascos al manjar el mismo monarca, el Conde D. Fadrique, el Conde de Benavente y Alvaro de Luna. Todos andaban mal de calzado, y con los cueros de los caballos sacrificados hiciéronse abarcas, que calzaron Don Juan y los otros personajes. Un portero del Rey, llamado Juan Rodríguez de Toledo, compró pan cocido y un queso y con ello se fué montado al real desde el que, aprovechando un descuido de los sitiadores, metióse con su escasa impedimenta en el castillo, cuya puerta se le franqueó de súbito en cuanto los sitiadores se percataron de lo que se trataba. Un pastorcillo que acaso guardaba ganado al pie de los muros, y llevaba una perdiz, como viese al Rey, díjole simplemente: "Rey, toma esta perdiz"; "de que el Rey hubo placer e le mandó hacer merced", añade escuetamente la Crónica. ¡A tal punto de necesidad llegó el Rey de Castilla!

Pero el asedio no satisfacía el propósito de los sitiadores y discurrieron éstos otras industrias. Un día se introdujo en el castillo D. Juan de Tordesillas, Obispo de Segovia, quien conferenciando con Juan II agotó toda su elocuencia en convencerle de que los que le cercaban lo hacían por su servicio y de que debía salir de allí para marchar a Toledo o donde le pluguiese, seguro de la obediencia del Infante y de los suyos; aunque se esforzó en vano, y sólo logró que el Rey se afirmara en su resolución de no salir del castillo, ni reunirse a D. Enrique, ordenando al prelado que mandara en su nombre a los sitiadores ausentarse luego, levantando el cerco al punto. Otro día eran el Condestable López Dávalos, el Adelantado Pero Manrique y otro caballero los que ante la barrera de la fortaleza platicaban largamente con Alvaro de Luna y dos caballeros más, teniendo también que retirarse sin recabar nada favorable de los de dentro. Otro día, en fin, fueron los procuradores de las villas y ciudades, quienes, llamados por D. Enrique, acudieron desde Talavera, donde se habían quedado y entraron en el castillo e intentaron disuadir al Rey de su propósito. Pero ante ellos D. Juan "hizo una gran habla", especie de capítulo de culpas contra el Infante y sus secuaces, en la que acabó por mandarles que salieran a decir a aquellos que se marcharan inmediatamente.

Este nuevo fracaso convenció al cabo al Infante quien, en resolución, volviendo de su mal acuerdo, o por obedecer al monarca, o porque se persuadió de que la fuga de Talavera había sido determinación espontánea de su voluntad, o, lo que es más creíble, porque supo que el Infante D. Juan se acercaba poderosamente con otros magnates en auxilio del

Rey, en 10 de Diciembre autorizó la entrada en el castillo, de hombres y vituallas en abundancia; y el 15 partióse con los suyos camino de Toledo, sin que pudiera recabar licencia para entrar en la fortaleza a prestar acatamiento al Rey, justamente indignado. Así viene a decirlo en sustancia el Señor de Batres en la Crónica de D. Juan II; pero el anónimo y apasionado cronista de D. Alvaro de Luna lo explica de muy distinta manera, atribuyendo la liberación a repetidas conferencias de D. Alvaro con el Infante D. Enrique y otros señores que solían acompañarle, en las que el de Luna llegó a convencer a D. Enrique levantase el asedio, con la promesa de concertar entre todos la composición del futuro Consejo del Rey, que era en realidad el escollo con que tropezaban el sosiego y la tranquilidad públicos.

Como quiera, el Rey quedó así en libertad de acción, pero aun permaneció unos días en el castillo de Montalbán, donde recibió los homenajes de D. Diego de Añaga, Arzobispo de Sevilla, del Almirante don Alonso Enríquez, de los Letrados del Consejo y de otros personajes.

El Almirante había llevado consigo cuatrocientos hombres de armas. Acudían asimismo más gentes armadas y peones de la Hermandad, con lo que aquel pocos días antes silencioso y desamparado castillo debió de llegar al colmo de la animación y de la abundancia. En el castillo de Montalbán dispuso el Rey, a petición de los procuradores, que el pueblo de Villarreal trocase su nombre y condición por los de Ciudad Real, y allí Juan II armó por su mano caballeros a algunos procuradores del reino y oficiales de su casa.

El Infante de Aragón, D. Juan, con su hueste, no había llegado al castillo por ser ya en él innecesaria su presencia y esperaba en Móstoles, con su hermano D. Pedro, las órdenes del monarca. Ambos quisieron ir a hacerle reverencia, lo mismo que la Reina D.<sup>a</sup> Leonor de Aragón, madre de los infantes y dueña de la fortaleza, que se hallaba en un lugar próximo a Torrijos. Pero Juan II no vino en ello, alegando su propósito de partirse luego, y, en efecto, a los veinte y tres días de su estancia en el castillo, la víspera o la antevíspera de la fiesta de Navidad de aquel año 1420 marchó el Rey con su numeroso y brillante séquito de grandes, prelados, señores, lanceros y ballesteros en dirección a Talavera.

Acerca de estos sucesos, que tanta luz arrojan sobre el lamentable estado de Castilla y de la real dignidad en aquella época, pueden verse muy circunstanciadas noticias en la Crónica de D. Juan II, de Fernán

Pérez de Guzmán, año 24 (1420), capítulos XXVI a XLVI, y también en la *Crónica de D. Alvaro de Luna*, títulos XI y XII, si bien ambas fuentes históricas discrepan notablemente en varias ocasiones al relatar o juzgar hechos de verdadera importancia y otros menos importantes.

Afianzada la privanza de D. Alvaro de Luna, en 1430, Juan II dió órdenes para que la fortaleza de Montalbán, con las de Tiedra y Urueña, pasasen del poder de la Reina D.<sup>a</sup> Leonor de Aragón al Condestable de Castilla y así se hizo saber a los respectivos alcaides. No parece, empero, que se llevó a efecto el cambio de dominio, ya que consta que Montalbán pasó por herencia de D.<sup>a</sup> Leonor a su hija D.<sup>a</sup> María, primera esposa de Juan II, y que contra toda la voluntad de ésta, apremiada por su esposo, hallándose en Guadalajara por Enero de 1437, hizo merced del castillo y de la villa al Condestable D. Alvaro, que con él se hallaba, dando el Rey a la Reina como compensación las tercias de la villa de Arévalo (*Centón epistolario* de Gómez de Cibdareal, epist. LXXII). En fin, por un privilegio rodado fecho en esta villa en 26 de Febrero de 1438, Juan II fundó con varios lugares y villas un mayorazgo para D. Alvaro de Luna y sus descendientes, incluyendo en él y confirmando la donación de Montalbán y haciendo en el documento mención expresa de la marcha a aquel castillo desde Talavera, de los trabajos allí sufridos y de la libertad obtenida entre los mejores servicios prestados al monarca por don Alvaro.

Con ocasión de las turbulencias habidas en el reino entre el Condestable y los grandes, en 3 de Julio de 1441, la Reina D.<sup>a</sup> María y su hijo el Príncipe D. Enrique, con poder que para ello tenían de Juan II, dictaron contra D. Álvaro de Luna sentencia de extrañamiento de la corte por seis años, ordenándole que entregase como garantía del cumplimiento nueve de las fortalezas de su pertenencia, entre ellas la de Montalbán. La sentencia fué aprobada por el Rey estando en Medina del Campo en 9 del mismo mes de Julio, y con ella se conformó expresamente el desposeído D. Álvaro por carta otorgada en el lugar de la Calta, en 3 de Agosto del mismo año.

Pero como ello no obstante D. Álvaro de Luna se asegurara muy pronto más y más en su privanza a despecho de sus contrarios, conservó todas sus adquisiciones, entre ellas el pingüe estado de Montalbán, que tenía siete leguas de circunferencia, y a más del castillo, comprendía a la Puebla, Menasalbas, San Martín y Villarejo de Montalbán. Muerto el Condestable, lo conservó también su viuda D.<sup>a</sup> Juana Pimentel, quien

solía habitar el castillo y que en él estaba en 31 de Enero de 1461 al constituir la dote de su hija D.<sup>a</sup> María de Luna, Duquesa que fué del Infantado.

El estado y castillo de Montalbán fueron después poseídos sucesivamente por el célebre valido de Enrique IV, D. Juan Pacheco; por los sucesores de este último los Téllez-Girón y Pachecos, desde 1573 Condes de la Puebla de Montalbán, y por los Duques de Frias y de Uceda, a cuya casa fueron uniéndose aquél y otros títulos y mayorazgos. No volvió el castillo a figurar en hechos políticos y guerreros; y lo apartado de su situación y la importancia concedida a Escalona y su alcázar por aquellos magnates contribuyeron, sin duda alguna, a la decadencia y a la ruina del castillo, cuya misión histórica ya estaba cumplida.

Por las dos relaciones que en Febrero de 1576 dió la Puebla de Montalbán a Felipe II, sabemos algo tocante a la fortaleza de Montalbán en aquel tiempo. Su estado de conservación ya no era bueno, pues se dice que "antiguamente era fuerte y que lo podría ser si se reparase como aora se usa". En el castillo había algunas armas y municiones, señaladamente "coseletes y espingandas (*sic*) antiguas". El Conde de la Puebla de Montalbán ponía el alcaide "y valen las alcaydías lo que el dho Conde les dá, aunque antiguamente tenían buenos aprovechamientos, como es una dehesa que se dice de los Montalvanejos, que aora arrienda y se aprovecha el dho Conde y le pagava tierra de Montalván los guardas que avia en el dho castillo y fortaleza".

Hoy el castillo y su dehesa son propios de los herederos del difunto D. Luis Téllez-Girón y Fernández de Córdoba, XIV Duque de Osuna y XII de Uceda.

El castillo de Montalbán, como todos los relacionados con moros y templarios, es rico en tradiciones fantásticas y romancescas, muy acreditadas en los pueblos cercanos. Preténdese que en los subterráneos del castillo hay encerrados grandes tesoros, pero nadie se ha determinado a buscarlos por el terror que infunden aquellos sitios. Se asegura que entre el castillo y el santuario de Melque, distante cuatro kilómetros y medio al E., existe un camino subterráneo. En *la Cerca* o gran plaza de armas del castillo, en la parte que cae a pico sobre el río Torcón, hay un sitio llamado "el despeñadero de la mora", del que también cuentan una conseja.

Desde el castillo se goza de una espléndida vista hacia el N. sobre la cuenca del Tajo y la lejana sierra de Avila.

EL CONDE DE CEDILLO

# LA BUREBA <sup>(1)</sup>

---

Es la provincia de Burgos la más interesante y que atesora, sin duda, mayor número de recuerdos y problemas históricos, enlazados con los del resto del reino de Castilla, como originarios de muchos de sus caracteres y modalidades.

Verdadera *Caput Castellæ* y aun de *Hispaniæ*, a ella debe ésta su nacionalidad y su más castizo sabor de raza y de carácter.

Pudiendo dividirse hoy la provincia en tres partes bien distintas, efecto de una delimitación administrativa nada acertada, deben reconocerse en ella tres regiones en que prevalecen los caracteres de otras tantas razas y pueblos bien distintos: los *cántabros*, al Norte; los *autrigones*, o más autóctonos, con los *turmódigos* o *murbugos*, en el centro, y los *váceos* y *celtíberos* al Sur; o sean, los del Ebro, los del Arlanza y los del Duero.

Altas montañas, verdaderas murallas naturales, separan perfectamente estas regiones, siendo la central lo que ofrece quizás mayor interés artístico e histórico.

No se puede separar por un momento el estudio geográfico del histórico; casi podemos decir que el primero determina al segundo, así que sin conocerlo no quedan explicados los hechos a que sirve más que de escenario, de determinante.

Entre las regiones burgalesas adquiere gran interés por todo ello la llamada *La Bureba*, que constituye en su mayor parte el partido de Brieviesca, y cuya excursión no puede ser más provechosa para el verdadero amante del conocimiento de esta imponderable España.

La Bureba constituye la amenísima vega del río Oca (en lo antiguo *el Vesga*), que nace en los montes de su nombre, y que cortando el par-

(1) Las fotografías que ilustran este trabajo han sido hechas expresamente para el BOLETÍN por el fotógrafo de la casa Hauser y Menet, D. Juan López del Castillo bajo la inspección del autor.

tido de Belorado entra por el de Briviesca, corriendo hacia el Norte, para desaguar en el Ebro tras las montañas de la cordillera cantábrica, que constituye la muralla natural de separación de los dos partidos de Villarcayo y Briviesca, con el Ebro por foso entre ambos.

Desde el Este hacia el Norte, es aquella sierra la de los antiguos cántabros (canta-iberos); desde el lado sur de las montañas, con Oña como avanzada, se divisa toda la Bureba, llana y amplia, pero rindiendo sus aguas hacia el norte.

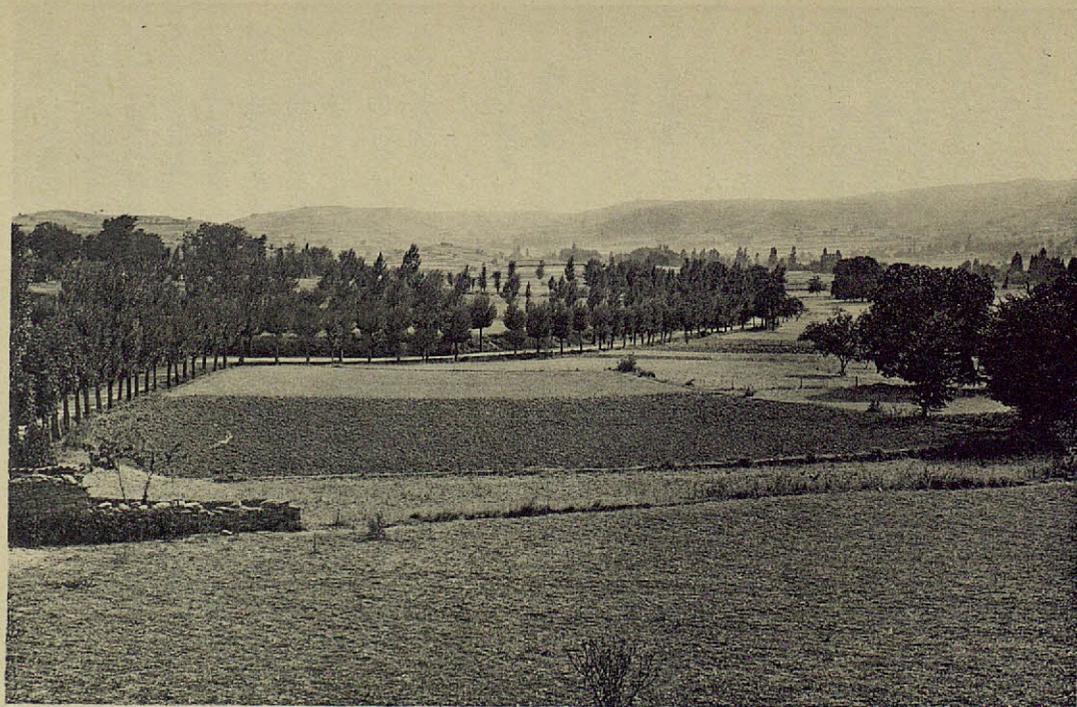
Queda ésta limitada toda por altísimas montañas, la más elevada llamada la Brújula, al sur, apoyo de los Montes de Oca, a mil metros sobre el nivel del mar, que enlazan aquellos con la Sierra de la Demanda; por la Peña de Salinas sube a las alturas de Cerezo de Río Tirón para llegar a los montes Obarenes, y de éstos por la cordillera cantábrica, que forma su muro del Norte, queda separada del Ebro; las Sierras de Cantabrana, por Poza de la Sal a Cernégula y sus derivadas, lo enlazan de nuevo con la Brújula. Los ríos Oca y Tirón principalmente riegan tan extensa comarca; pero como aún se quiera limitar a lo más llano, la parte montañosa desde Oña a Poza de la Sal la llaman *Las Caderetas*, constituyendo una región especial de pueblecitos casi olvidados.

En cambio cuenta con otros tan famosos como Oña, al Norte; Briviesca, al centro; Cubo de Bureba y Pancorbo, al Oriente; Poza de la Sal, al Occidente; Cerezo de Río Tirón, que aun le pertenece, y Villafranca Montes de Oca, que debemos estimar como su límite, al Sur, con otros lugares tan históricos como artísticos.

Grupos de pueblos, todos ellos con el apelativo de *La Bureba*, van determinando los límites de la misma por sus cuatro extremos, pues Navas, Pino, Padrones y Salas de Bureba, al Norte, nos dan su límite por este cuadrante; el grupo o línea de Cascajares, Busto, Cubo, Fuente, Berzosa, Calzada y Villarta, todos con el sobrenombre de Bureba, nos indican el límite oriental; Bárcena y Carcedo de Bureba, el occidental, avanzando al Sur, con Santa Olalla de Bureba, Monasterio de Rodilla, que van estrechando su término meridional. En el centro, numerosos pueblos, con el propio apelativo regional, llenan su amplia superficie, de los que examinaremos los más importantes, que son casi todos.

Su latitud se halla entre el grado 42,30° y 42,50°, bordeándola por occidente al meridiano de Madrid, que lo es también de Burgos. Su me-

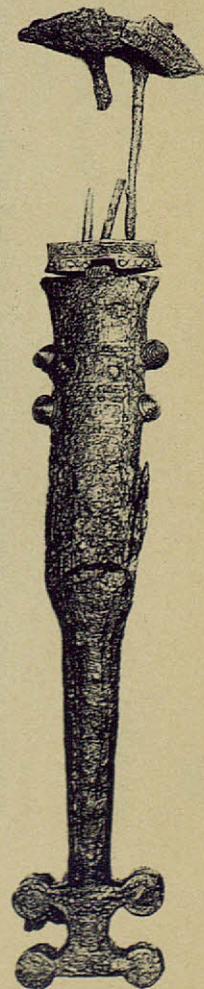
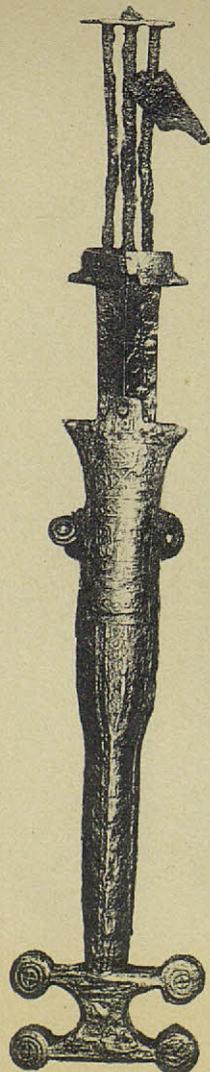
LA BUREBA.  
Lámina I.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

VISTA GENERAL.

Dos puñales damasquinados de oro y plata hallados en el Norte de la Región.



nor altura sobre el nivel del mar es la de Calzada de Bureba, a 674 metros, y la máxima en Alto-toro, a 1.174 metros. La Brújula alcanza la de 996 metros.

Es precisamente la Bureba la parte más llana de la provincia por su centro. El Oca se desliza mansamente por ella cortándola de Sur a Norte, y su horizonte se dilata hasta los lejanos montes, sin que nada lo interrumpa, que son sus límites, irguiéndose aquéllos bruscamente, defendiéndola y encerrándola en términos infranqueables.

La cordillera cantábrica al Norte, con su foso del Ebro tras ella; los montes Obarenes al Oriente, con el paso de Pancorbo; los de Oca y las alturas de la Brújula al Sur, y las escabrosidades de las Caderetas y la mesa de Oña forman los bordes naturales de la cuenca, que queda así completamente encerrada.

El aspecto general de su paisaje es de tan feraz como abundante vegetación: los bosques ribereños y de las más elevadas mesetas, con los llanos trigales y de huertas productoras de sazonados frutos, le dan variedad suma, viéndose, además, el olivo y la vid, con el maíz bien granado, en sus llanos (Lám. I), no ofreciendo por ningún lado la pretendida aridez de Castilla, más propia de determinadas regiones; que general a toda ella.

\* \* \*

El nombre de *La Bureba* ha dado lugar a distintas opiniones etimológicas: quién lo ha creído árabe, de lo que no tiene ningún carácter; de más antiguo origen, sin duda, debe relacionarse con las particularidades que a esta región le asisten.

Si como quiere el Sr. Sanz García (1) viene a formarse de la unión de las raíces *bur* y *eba*, dando a la primera la significación de montaña por las muchas con nombres que así comienzan, y *eba* como tierra, país, etcétera, bien pudiera ser por tales razones, pues la semejanza etimológica es evidente. Pero sea ésta u otra, la Bureba es conocida desde tiempos muy antiguos con este nombre.

\* \* \*

Desde los más remotos debió ser preferido este terreno por el hombre para su asiento, y más una vez dedicado al ejercicio de la ganadería

(1) *Bol. de la Comisión prov. de Monumentos históricos y art. de Burgos*, I, página 154.

y agricultura: precisamente en él se han encontrado los restos más antiguos fehacientes, de su remota presencia en este suelo.

El P. Ibero ha recogido en su gabinete de Oña los restos que ha encontrado por aquellas cercanías, y aunque hasta ahora no haya dado con ejemplares de singularidad notables, esta misma correspondencia con lo más corriente, nos muestra que fueron los más autóctonos quienes pasaron allí sus días, cursando su vida troglodítica y siendo los verdaderos ascendientes de la futura Castilla.

A menos de una legua de Oña se halla la célebre cueva de Penches, en término de Barcina de los Montes, y en ella se han encontrado las muestras más antiguas de la presencia del hombre en aquella región, y en la próxima también del Caballón las del arte más primitivo.

Algo al Sur, pero también muy cerca, se divisa en Pino de Bureba la *Peña del Sol* de imponente aspecto, como monumento funerario quizás de algún caudillo o cacique, que allí fué sepultado en lugar tan vistoso y preeminente.

Muchos de los instrumentos de piedra de que está sembrada toda la provincia, especialmente neolíticos, o sea de piedra pulimentada, proceden de la cuenca del Oca, y en ella se descubren bronce primitivos que acusan una civilización completamente ibérica: todos los objetos de bronce, como fibulas, broches, umbos, armas y demás pertenecientes a los primitivos iberos, desconocedores aun del hierro, hallados en la Bureba, ofrecen una labor tan fina y esmerada como la de los más adelantados de aquella época; la edad del bronce obtiene por ello aquí representación notable, ofreciendo un arte de origen mediterráneo, sin duda importado hasta el centro por la vía del Ebro.

Pero también corresponden a su región más del Norte aquella serie de antigüedades de los Berones, que comenzando en el monte Bernorio vienen siguiendo la ladera de la cordillera cantábrica por su lado del Mediodía, hasta llegar a las escabrosidades de las Caderetas y pasando ante Oña terminan en Miraveche, dentro de la región del Oca.

En esta zona, o mejor en sus extremos, se han encontrado esas singularísimas armas cortas, ya de hierro, de tan marcado carácter celta y con tan suma habilidad y gusto artístico fabricadas, que admiran por su perfección y delicadeza.

Nos referimos a esos puñales de hierro, perfectamente damasquinados en oro y plata, con vainas terminadas en tan originales conteras de

cuatro círculos, y de los que se ha formado una serie en el Museo del Marqués de Comillas, de que dió cuenta el Sr. Cabré en estudio sobre ellos, publicado en la Revista de *Arte Español* (núm. 1 de 1920), a propósito de algunos ejemplares encontrados en Miraveche, a los que pudieron agregarse otros de muy reciente hallazgo (V. Lám. I).

Afines con ellos son los broches, que también inserta, algunos tan importantes como el hallado en el valle de la Bureba, en Miraveche, que vienen a aumentar la serie de muestras de la civilización que se desarrolla en esta región en el siglo III antes de J. C.

De ellos hay noticias de que posee además un lote importantísimo, un muy conocido coleccionista de Madrid, que los adquirió en Brieviesca.

Si a esto unimos las fíbulas, puntas de lanza, flechas, umbos de escudo y ajorcas de la misma especie, tendremos que admitir la existencia de una tribu, que en armonía con los autrigones tuvo su asiento en la parte más norte de la Bureba, siguiendo la falda de los montes que la dividían de la Cantabria; pueblo que tenía su núcleo principal en la parte de Palencia y que por esta zona llegaba hasta la Rioja de los Berones, de cepa céltica, y por lo tanto más modernas que los originarios, pues la Bureba era completamente, en el resto, autrigona. Tales son los datos con que contamos para la calificación étnica de los aborígenes de la región que nos ocupa; pero las que aún no han aparecido son las ciudades de sus muertos, aquellas necrópolis, como las de otras regiones, que han dado tanta luz sobre la vida de los en ellas sepultados, y que es de esperar existan como en otras ha ocurrido.

\* \* \*

La romanización de la Bureba fué algo temprana. Cuando la guerra de Numancia, se habla de una expedición de los romanos a Palencia, pero en la que el cónsul Lépidio sufrió un descalabro semejante al que antes habían padecido las huestes latinas en Numancia; mas debelada ésta, ya pudieron proseguir su penetración por las regiones centrales.

Por ello debemos suponer que entonces ocuparon y sometieron a la Bureba, llegando hasta el fondo de ella, pero deteniéndose ante el muro de sus montañas.

El propio Julio César dejó inconcluida la sumisión de la Península, sin atacar a los cántabros, del lado allá del Ebro: esta empresa fué la llevada a cabo por el propio Augusto.

Para ello se trasladó personalmente a la Península y comprendiendo que era infranqueable la cordillera cantábrica directamente desde la Bureba, derivó hacia poniente remontando al origen del Ebro, para atacar así de flanco la región de los cántabros.

Una serie de castros que se manifiestan desde Briviesca a Poza de la Sal por Barrio de Ruiz Díaz, Hermosilla y Salas de Bureba, parecen indicar la marcha de los ejércitos romanos en esta empresa, bajo el plan estratégico marcado, por lógica suposición, pues realmente nos falta la crónica de este suceso. Sólo Lucio Floro y Dion Cassio nos suministran algunas noticia de sus hechos más culminantes, presentando a los austrígonos como aliados, o sometidos a los romanos, por lo que a su vez sufrieron los ataques de sus vecinos los cántabros, en venganza de su falta de amistad y defensa para con ellos.

Más o menos terminada la guerra cantábrica y cerrado por Augusto el templo de Jano, en Roma, ésta cuidó con interés de sus provincias, concediendo a la *hispana* atención preferente.

De las diez ciudades que Plinio concede a los austrígonos cinco pertenecen a la Bureba, pues completamente determinado está que *Tricium* corresponde al barrio alto de Monasterio de Rodilla, que *Brivescum* es sin duda Briviesca, que *Flavia Augusta* es Poza de la Sal, que *Auca* se transformó en Villafranca de Montes de Oca y que *Autecubia* debió ser la ciudad que se descubre junto a Cubo de Bureba.

Esta hermosa región devuelve hoy los restos de aquella civilización latina, en distintos núcleos, en los que los descubrimientos se suceden con cierta frecuencia y abundancia. Principalmente en Briviesca, o mejor en el contiguo cerro de San Miguel, se han hallado en fecha reciente reliquias de una ciudad romana de gran importancia, y en otros puntos se van indicando los núcleos de población que han de proporcionar, sin duda, las mayores sorpresas.

En Flavia Augusta, o sea Poza de la Sal, la industria de esta materia prevalece aún hoy día con los mismos procedimientos que la implantaron los romanos; en Soto de Bureba se exploran los restos de una *Villa* que debió ser suntuosa; en Villafranca de Montes de Oca, las exploraciones darían, sin duda, los más sorprendentes resultados, sin contar otros

puntos cuyas reliquias delatan en ellos la presencia de los señores del mundo en aquella época.

VÍAS.—Uno de los mayores cuidados que tuvieron al dominar las provincias, fué dotarlas de vías de comunicación que la hicieran fácil entre sus distintas ciudades, así como el paso rápido de sus ejércitos, esmerándose tanto en su trazado y firmeza, que sus restos son aún bastante visibles.

La Bureba fué centro de varias de ellas, que se cruzaron, principalmente, en Briviesca, por donde pasaba, y era estación, la militar que venía desde Astorga (núm. 34 del Itinerario de Antonino.)

Ésta penetraba por *Tricio* y llegando a Briviesca se bifurcaba.

La propia 34 seguía, dejando a Pancorbo a la izquierda, hasta llegar a *Vindelia* (Foncea), y salvando así la cordillera de los montes Obarenes, subía al Norte para tomar el camino de las Galias. La otra (núm. 1), derivando más al Sur, marchaba por *Segisamunelo* (Cerezo de Río Tirón), hacia Nájera y Logroño para seguir hasta *César Augusta*, o sea *Zaragoza*.

De *Birovesca* partía también otra vía, hacia el Norte, no militar, pero sí muy necesaria, aun bastante visible, que dirigiéndose por *Autecubia* marchaba por la ladera hasta Poza de la Sal en la que aun no terminaba. De ésta se derivaba la de Frías, de la que según el Sr. Sáinz García "aun quedan trozos que a los dos mil años, hoy están como si acabaran de construirlos", contando, además, con otra que de Norte a Sur se dirigía por *Uxama Barca* (Lara?) casi recta a Clunia, convento jurídico de los pueblos de la región del Oca.

De Poza de la Sal partían otras, necesarias por la salida de la sal por Sasamón y otras direcciones, con varias intermedias entre distintas localidades y que aun se determinan por sus nombres o restos.

\* \* \*

De la propagación y aceptación del Cristianismo por aquellas gentes hay tempranas memorias, pues la diócesis de Auca se ve citada como la primitiva para aquellos términos y el resto de la provincia.

Aunque la tradición la hace llegar a los tiempos apostólicos, relacionándola con el viaje de Santiago y dando a San Indalecio, mártir, como su primer obispo, los documentos sólo afirman que al concilio III de

Toledo, año de 589, asistió el obispo aucense Asterio, sede que fué trasladada después a Burgos por Alfonso VI en 1075, en cuya basílica quedan muchos recuerdos y memorias acerca de esto.

Todo ello corresponde a los tiempos de la invasión de los bárbaros y monarquía visigótica, de la que quedan ejemplares, aunque escasos notables, y las fundaciones benedictinas posteriores a la conversión de Recaredo.

A aquellos tiempos corresponden restos tan fehacientes como los dos sarcófagos de Buezo y de Poza de la Sal, que se custodian en el Museo provincial de Burgos. El primero es de mármol basto, de una pieza, y esculpido por sus cuatro frentes, con distintas escenas, entre ellas la Adoración de los Reyes Magos, y otras que interpreta el Sr. Huidobro en su estudio sobre el mismo (1).

Muy similar y no menos interesante es el de Poza de la Sal, igualmente en el Museo de Burgos, esculpido también en sus cuatro caras y de la misma época, o sea sobre el siglo VI de J. C., aun más tosco que el precedente.

\* \* \*

La invasión árabe alcanzó, sin duda, a la parte llana de la Bureba; Tarik arrasó la región en 712 y a Auca en 714; pero ni el número de los invasores ni las condiciones de su defensa permitieron su avance al lado allá del Ebro, quedando siempre la Cantabria independiente de hecho, segunda Asturias para Castilla, oponiéndose siempre a la entrada por Pancorbo, Frías y los desfiladeros de Valdivielso, que nunca pudieron los árabes estimar como suyos.

Por aquí comenzó realmente la reconquista de las tierras propiamente castellanas. Iniciada en la Cantabria, de allí partieron los caudillos que habían de combatir el poder musulime.

En Vigurico, o sea Visjueces, se instituyen aquellos jueces que habían de ceder su autoridad a los condes conquistadores, pasando por una época en que no se sabe quiénes son los dueños de aquellas tierras, si los moros o los cristianos en constante lucha. En ella aparecen personajes que más pertenecen a la leyenda que a la historia.

(1) Véase *Contribución al estudio del Arte visigótico en Castilla*, 1916; páginas 33 y 49.

También nos hallamos entonces con Santa Casilda, la hija del rey toledano, que se retira a un bello rincón de la Bureba para acabar allí en santidad sus días.

En 883, Diego Parcelos impide a los árabes que pasen por Pancorbo, y al año siguiente repuebla a Burgos. Pero aquel estado de cosas era insostenible y tenía que concluir con la victoria de alguno de los contendientes. Para ello formóse un ejército al mando de Gonzalo Nuño, hijo de Nuño Rasura, que, avanzando por el campo de la Bureba y llegando a San Quirce, toma a Lara y Pampliega. En esta expedición inaugura el conde Fernán González sus proezas: hay que volver atrás, pero en 928 quedan como límites de la Castilla cristiana el Pisuegra, el Arlanzón y el Ebro, preparando así el avance que el joven Conde había de realizar en su larga vida de victorias. Eran los tiempos en que

Harto era Castilla pequeño rincón  
cuando Amaya era cabeza y Fitero mojón.

Muertos a poco Laín Calvo y Nuño Rasura, quedó como único juez y autoridad Gonzalo Nuño, cuya principal política fué la de organizar lo reconquistado; de aquí, sin duda, el origen de las *cuadrillas* en que se dividió la Bureba, continuación del sistema de las merindades cántabras, y que subsistieron por mucho tiempo con las denominaciones de Las Caderetas, Cameno, Prádamo, Quintanilla, Rojas, San García, Santa María de Rivarredonda y la Vid de Bureba, verdaderas merindades formadas todas ellas por la reunión de numerosos pueblos.

Háblase en todas las historias de una ola de fuego que saliendo del mar, en 939, llegó hasta Briviesca y Burgos, incendiando muchas casas y sembrando la mayor desolación por cuanto alcanzaba, fenómeno que desde el Albeldense viene consignándose en todas las crónicas.

En el mismo siglo (986) suelen colocar los autores que de ello tratan las célebres bodas de D.<sup>a</sup> Lambra, señora de Briviesca y parte de la Bureba, con Rui Velázquez, tío de los *Siete Infantes de Lara*; bodas trágicas por sus consecuencias, como si el más funesto hado las hubiera presidido, y que dieron lugar a la famosa leyenda de los Infantes, en la que no llega a definirse qué haya de fabuloso y de cierto, quedando sólo con valor efectivo y estético la propia leyenda, que por algunos motivos debió de fraguarse.

El conde Fernán González afirmó el dominio cristiano en toda la región con sus victorias, llenando casi un siglo con sus proezas.

Con la toma de Lara, Carazo y Gormaz, que eran las más fuertes posiciones de los árabes, como avanzadas hacia los estados de los cristianos; con la victoria de Calatañazor, en la que tomó parte el conde Sancho García, el fundador de Oña, y, sobre todo, con la conquista de Toledo por Alfonso VI, perdió toda su importancia militar la línea del Duero, y la Bureba pudo, por lo tanto, cesar en sus temores de toda agresión de los musulimes; pero no por ello obtuvo la paz, imposible siempre entre los príncipes cristianos, turbada por sus propias disensiones.

Al ocurrir el asesinato de D. García por los Velas, en León, cuando iba a ser rey de Castilla, constituyóse en su vengador D. Sancho el Mayor, rey de Navarra, casado con la princesa castellana que podía estimarse como heredera del incipiente reino; pero haciéndose reconocer D. Sancho conde de Castilla y creyéndose su soberano, aniquiló la autoridad de su esposa, y al repartir por testamento sus reinos dejó a su hijo Fernando como primer monarca efectivo de Castilla, no sin las protestas del Navarro, su hermano, a las que debió su muerte en la batalla de Atapuerca (año 1054).

El hijo de Fernando I, Alfonso VI, el conquistador de Toledo, trasladó a Burgos la sede de Auca, confirmando así la capitalidad en ella.

Casada D.<sup>a</sup> Urraca, hija de Alfonso VI, con Alfonso I de Aragón, su reinado fué muy desgraciado: D. Alfonso se estimó siempre como rey de Castilla y a ello más que a otra cosa fueron siempre debidas las disensiones entre ambos cónyuges (1111): por ello embistió el aragonés al año siguiente por Castilla y Galicia para apoderarse del niño Alfonso Raimundez, proclamado rey en Compostela, llevando la desolación por donde pasaba.

Desde entonces no cesaron las pretensiones de los reyes de Navarra de incorporar a su corona la de Castilla, así que cuando la derrota de Alarcos en 1208, los reyes de León y de Navarra asolaron las tierras de Burgos y de la Bureba, siendo entonces cuando una infanta de Navarra, que tenía a Briviesca, la trasladó al llano, al pie del cerro, en la disposición que hoy existe.

Alfonso VIII, después de la victoria de las Navas, restableció el prestigio de la corona castellana, continuado hasta los días del burgalés don Pedro I, nacido en las Huelgas, que volvió a ensangrentarla con sus

cruelles justicias y luchas fratricidas. Muerto por su hermano Enrique, incluyó éste entre sus mercedes algunos pueblos castellanos, entre ellos Briviesca, en donde su sucesor D. Juan I celebró unas famosas Cortes en 1387, notables por sus *Ordenamientos*, entre los que se llega a decir que las cartas o disposiciones reales contra fuero "*sea obedescida e non cumplida*" con otras sobre moral pública que a todos alcanzaban, incluso a los clérigos, y algunas de sentido político no menos progresivas.

No ocurren novedades de importancia en los reinados posteriores; los Reyes Católicos mostraron predilección por las tierras castellanas, y llegado el movimiento de las comunidades, los altercados entre el doctor Juan de Zumel y el propio Carlos I, denotaban bien el partido tomado por los burgaleses en aquellas contiendas.

Durante los Austrias y Borbones nada de particular ocurre en la Bureba, pero en la desolación napoleónica por ella discurren los ejércitos franceses, ocupando a Pancorbo, donde dejan memorias de su paso. En las guerras civiles predomina el elemento carlista, que también la maltrata con sus horrores. Hoy la Bureba dedícase, tranquila al cabo, a rehacer su vida, de la que puede esperar su resurgimiento.

Pero poseedora de una riqueza monumental y artística imponderable, debemos dar cuenta de lo más valioso e importante que aun contiene.

N. SENTENACH

(Continuará)

---

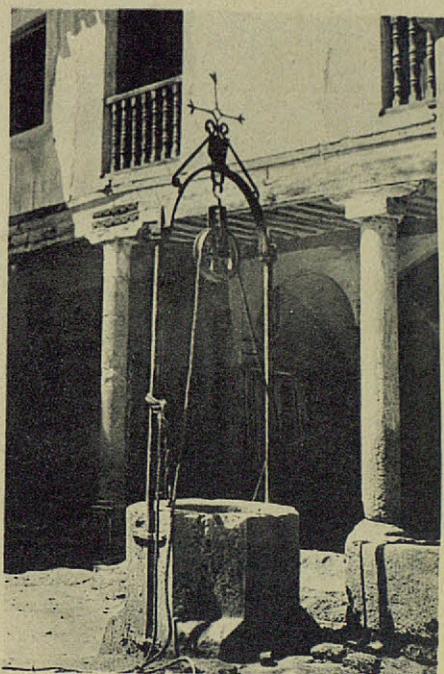
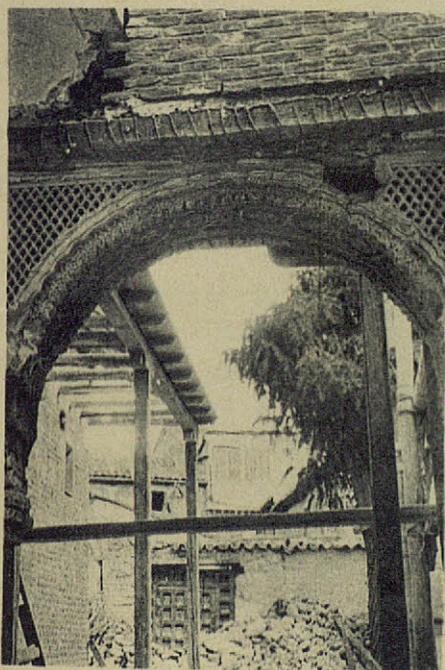
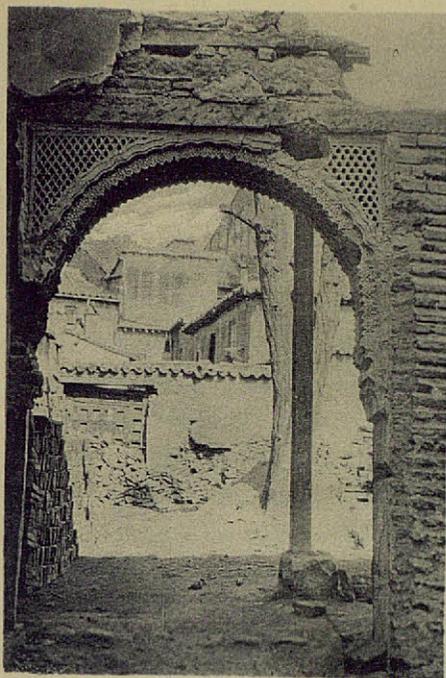
## NOTAS ARTÍSTICAS DE ALCALÁ DE HENARES

---

En un silencioso y poético rincón complutense existe el piadoso retiro de los hijos espirituales de San Felipe de Neri. Si queréis conocer concienzudamente la ciudad de Alcalá desde los puntos de vista artístico, arqueológico o histórico, forzoso os será tirar de la campanilla del convento filipense y preguntar por el superior de la comunidad P. Juan J. de Lecanda. Comenzaréis a conocer su personalidad, aun antes de presentaros a él, pues por aquello de que "el estilo es el hombre", al penetrar en los pequeños claustros; al asomaros al simpático y característico patinejo de los laureles, comprenderéis al punto que allí manda, no un fraile adocenado, sino un espíritu exquisito. En efecto, el P. Lecanda, es critor, artista, arqueólogo y académico, es uno de esos hombres que el turista deplora no hallar con más frecuencia en las viejas ciudades españolas; pues de haber existido muchos como él, harto menores hubieran sido los estragos que la ignorancia viene produciendo de dos siglos acá en los monumentos históricos y artísticos. Bien se nos alcanza que estas frases de justicia han de herir la modestia del P. Lecanda, que es otra de sus virtudes, pero consideramos un deber presentar los nobles ejemplos que puedan servir de estímulo y guía para que otras personas sigan parecidos derroteros.

Hecha la presentación del autor, consignemos su obra.

Como antes decíamos, basta asomar la cabeza al convento de los Filipenses para apreciar la labor llevada a cabo por el superior. Aquel edificio y su capilla anexa han sido reintegrados, tanto interior como exteriormente, al siglo xvii, sin omitir detalle. Ni una nota discordante, ni un anacronismo se encuentran allí. La fachada, libre de infames revocos, luce un aparejo típico de ladrillo y paramentos encalados. Las grandes rejas muestran un rodapiés de talaveranos azulejos, y sólo falta que los medios materiales permitan hacer lo mismo con la fachada del templo, para que luzca la primitiva construcción. El interior de éste, aunque sin objetos de gran arte que admirar, sigue haciendo patente el buen sentido artístico del P. Lecanda. En la clausura existe un pequeño museo que no ha podido ser ampliado por las mismas poderosas razones mencionadas al tratar de la fachada de la iglesia.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

ALCALA DE HENARES.

Casa conocida por la del "Canónigo Roca"  
Arcos de yesería mudejar, patio y pozo.

En el museíto se ven, entre algunos cuadros y tallas interesantes, curiosos restos de cerámica romana, recogidos por el inteligente Padre en sus solitarios paseos por los terrenos en donde existió la romana Cómpluto, y que demuestran que no sería tal vez estéril algún trabajo de excavación bien dirigido.

En una de las principales calles de Alcalá tienen su residencia y un colegio para niñas de la clase modesta, las monjas de la misma orden Filipense. Estas han adquirido recientemente un ruinoso caserón para ampliar sus medios de vida, encomendando con feliz acuerdo la dirección de las obras al P. Lecanda, el cual está reconstruyendo el edificio, no sólo sin quitarle su carácter, sino antes por el contrario, dándole el sello característico de los antiguos caserones castellanos.

Al derribar una ruinosa pared del tapial del siglo xvii se ha encontrado, empotrado en otra, el bellissimo arco de yesería mudéjar que ilustra este artículo. Lo suponemos obra de fines del siglo xiv o principios del xv, y de igual época parece ser un trozo de viga con inscripciones borrosas que en el mismo lugar fué hallada. El arco da paso a otra habitación en la que, cubiertas por yeso, aparecieron gran cantidad de tablas pintadas que debieron formar un artesonado. La madera está toscamente labrada, y la pintura, aunque también tosca, al temple con colores enteros, es de igual época que lo anteriormente reseñado. Las tabicas de este artesonado, que han aparecido también, son de yeso y pintados en ellas escudos heráldicos, alternando un lobo empinado a un árbol y un escudo partido, el jefe una cruz de Calatrava y la punta de verde y una banda de plata, que ignoramos a qué apellidos pudieran pertenecer. No será difícil que en el curso de las obras aparezcan, y de ello nos felicitaríamos, pues constituiría una satisfacción para el P. Lecanda, nuevos detalles artísticos que ocultó la ignorancia en la casa del canónigo Roca, nombre con que era conocida hasta ahora esta construcción limitrofe con "el corral de la condesa" y el de "la sinoga" (¿sinagoga?), nombres que también suenan por aquellos terrenos.

El patio con sus columnas y el gracioso pozo central, constituirá dentro de poco una nota más, entre las muchas que tiene pintorescas y arqueológicas la simpática ciudad, aunque, por desgracia, van desapareciendo muchas bajo el peso, no tanto de los siglos, como de la incuria y la ignorancia, pues no abundan los hombres como el superior de los Filipenses.

JOSÉ M.<sup>a</sup> FLORIT

Junio, 1924.

# LA CATEDRAL DE ORENSE

---

El poético Sil, después de deslizarse aprisionado entre altas montañas, y en el fondo de un abismo, desemboca con mansedumbre en un eglógico valle donde se le junta el Miño. Panorama encantador. Los montes se abren y apartan dulcemente para mirar el río que corre entre anchas praderas aterciopeladas y bosques de castaños. Aquí y allá se levantan en la penumbra de los sotos viejos pazos de sillería, dorados de líquenes, entre el jardín y la huerta, custodiados por los cipreses, que hablan de rancia nobleza casi tanto como los blasones labrados en berroqueña piedra que decoran sus fachadas.

Uno de estos solares, escondido en las umbrías de una alameda, a la que conduce misteriosa correidoira, se llama Casdemiro, y en él vió la luz el Padre Feijóo, gloria de España, y del siglo XVIII. Al visitar esta mansión y solazarnos en la huerta, bajo la bóveda de sus pomposos emparrados, viene a nuestra memoria el recuerdo de la galana crónica en que la Condesa de Pardo Bazán describió su peregrinación a estos lugares de ensueño.

Para entrar en Orense, la carretera cruza el río con amplios pasos de piedra las arcadas del famoso puente de antigüedad remota. La población se reclina en la falda de una colina, y su caserío está salpicado de pensiles, huertos y patios pródigos en magnolias, laureles y naranjos.

Fué Orense poblado desde remotos tiempos, y entre todas las denominaciones que tuvo prevaleció la de Auria, que se cree tiene su origen en las arenas auríferas que arrastra el Sil en su mansa corriente.

La Catedral de Orense se erigió en la cumbre de Montealegre. Consejas y leyendas atribuyen la fundación del templo a un Rey suevo arriano, que aconsejado por los sacerdotes católicos, impetró de San Martín la curación de su hijo Carrarik, y realizado el milagro por la reliquia del Santo, en testimonio de gratitud renunció errores arrianos de su secta y abrazó la religión católica, echando los cimientos del templo,

que naturalmente se dedicó al Santo francés, cuyas reliquias le enriquecen. El templo erigido por la piedad del Rey suevo fué arrasado por Almanzor en su devastadora correría por Galicia.

La ciudad de Orense fué de antiguo sede episcopal, aunque su episcopologio no nos es tan conocido como los de otras diócesis, pues frecuentemente la abandonaban los prelados seguidos de su grey, y se refugiaban en las asperezas del Monasterio de San Esteban de Rivas de Sil. Se ignora cuándo se sentaron los sillares del templo, pero la opinión más unánime se inclina a creer que lo fué durante el reinado de Fernando II de León, gobernando la diócesis el Obispo D. Alfonso I; documentos y pergaminos atestiguan que el 4 de Julio de 1194 se consagró el altar mayor, lo que hace presumir que debían estar construídos en esta fecha los ábsides y el crucero que durante el pontificado del Obispo D. Lorenzo se debió terminar casi toda su fábrica en el año 1248, según el testimonio del Tudense.

La Catedral, en su exterior, estuvo dotada de sólidas defensas; reliquias de ellas son las torres que se elevan en las inmediaciones de las portadas, las barbacanas y almenas, que en más de una vez fueron utilizadas con éxito, opinión que no comparte el Sr. Arteaga y Cid, que afirman que los muros y torrecillas nunca subieron más de lo que hoy están.

La fachada principal está flanqueada por la torre del Norte, emplazada fuera del plan general del templo; torre que por haber sido lastimada por un rayo se cubrió con una verdadera capa de piedra desde los cimientos, con escaso acierto en nuestros días. La fachada se restauró en el siglo xvi; conserva vestigios de su primitivo decorado, entre ellos la simbólica estatua de piedra de David tañendo el arpa, y son interesantes los rosetones, sobre todo el central ojival hoy cegado; las puertas laterales no han sido despojadas de sus rasgos característicos, y las realzan los pequeños óculos que dan luz al pórtico del Paraíso.

Dos puertas se abren en los brazos del crucero: la del Norte está formada por arcos de medio punto sin tímpano de los arcos el primero sobre jambas lobuladas, ornamentado con estatuillas el segundo, exornado de flora el tercero y junquillos el último; los capiteles están primorosamente esculpidos. En las columnas de las jambas se adosan dos estatuas de piedra muy interesantes: una de ellas sustenta un libro en sus manos, y su compañera un rollo. Restauróse esta linda portada a fines

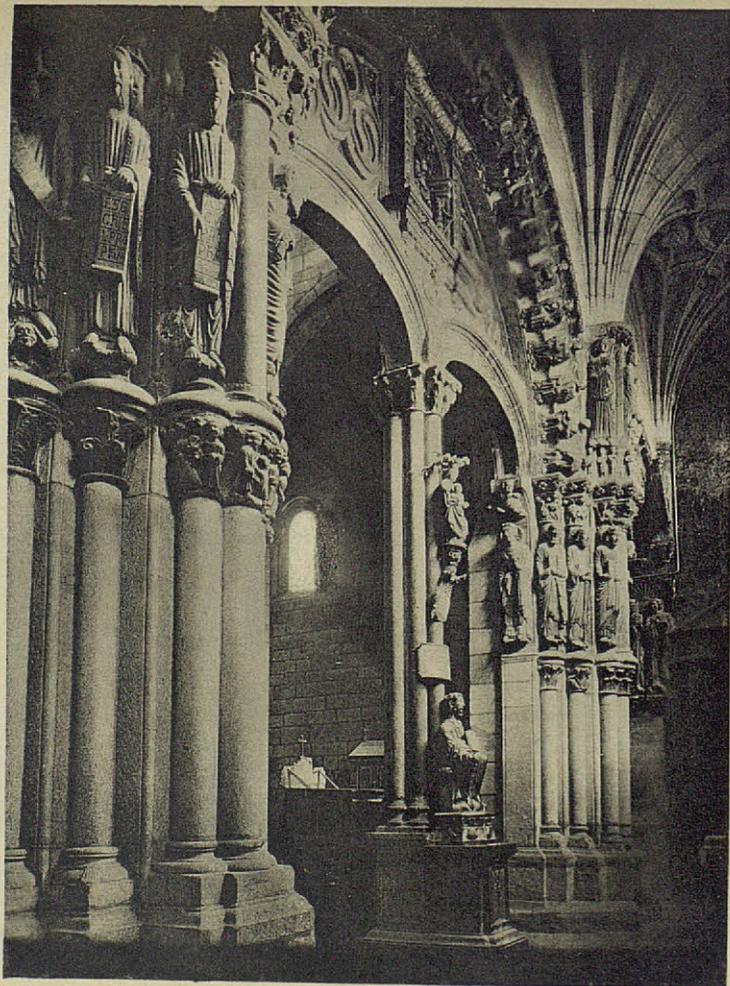
del siglo xv, y se embelleció con dos archivoltas superiores del arco de la puerta, se esculpió el gran relieve a modo de tímpano, se caló el grandioso rosetón flamígero y se remató la portada con bella crestería. Preside el grupo escultórico una Piedad, acompañada de la Magdalena, que vierte sus bálsamos; de Santiago Apóstol, vestido de peregrino; de San Pedro Apóstol, San Juan Evangelista y San Martín, Apóstol de las Galias, partiendo su capa con el desvalido. Riman con las esculturas bellos ángeles ostentando los emblemas de la Pasión, e incensando las sagradas efigies, y a continuación campean a ambos lados los escudos de los Reyes de Castilla y los del Obispo Fonseca, que reparó los destrozos causados por las mesnadas del Conde de Benavente cuando este noble puso asedio a la Casa del Señor, sitiando a sus enemigos los parciales del Conde de Lemos.

La puerta del Mediodía no es tan rica en su ornamentación; está embellecida por molduras, ángeles, hojas y primorosos capiteles; los elementos son idénticos a la anterior portada; la ingrata piedra está tallada como delicada orfebrería; cautivan los acantos de las archivoltas intermedias. Al lado de esta puerta álzase la torre del reloj.

La cabecera del templo, antes tan bella, sólo conserva hoy el gran óculo que irradia sus destellos sobre la capilla mayor, y es notable la bella ventana renacentista que cala el muro de la capilla del Santo Cristo.

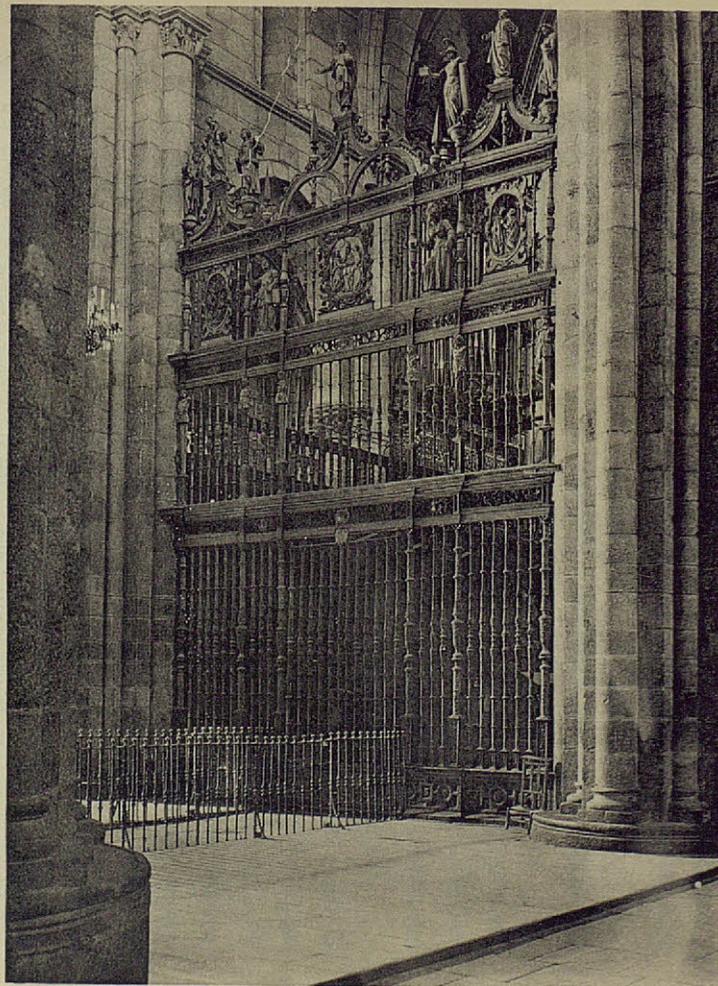
En desagravio del ultraje infligido por el noble Pimentel, coadyuvó éste a la restauración de sus destrozos, erigiendo la hermosa capilla de San Juan, que es una de las que más bellezas atesora. Entonces quedó oculta la torre en la construcción general, y el nuevo Baptisterio, incluido en la totalidad del sagrado recinto, no sin presentar en el exterior un muro largo y alto, que rasga espléndida ventana, coronada por diadema de flamígera crestería. Aquí hace el muro una entrada sobre sí misma, y deja al descubierto parte del lienzo correspondiente a la nave principal. En este lienzo se abre una puerta lateral, escondida por la desigualdad del nivel, y sólo muestra tres arcadas y ventanas.

La Catedral de Orense es románica, mezclada con elementos ojivales; consta su planta de cruz latina de brazo mayor, muy prolongado, con tres naves, y otra de crucero; poseía tres ábsides, de los que se les despojó en 1620, cuando se construyó la girola que rodea la capilla mayor. Principiada en el estilo románico la lentitud de su fábrica hizo que sus bóvedas fuesen cerradas con nervaduras ojivales; carece de triforio,



Pórtico del Paraíso.

ORENSE.  
La Catedral.



FOTOTIPLA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Reja del Coro, por Juan Bautista Celma.

y por su estructura, su austeridad de ornamentación, la majestuosidad y grandeza de su conjunto recuerdan los grandes templos de las Abadías del Cister.

La poderosa influencia de la Basílica compostelana ha quedado circunscrita al pórtico del Paraíso, imitación del de la Gloria.

El crucero se embelleció en 1499 con un precioso cimborrio, profuso en ornamentadas ventanas y balaustradas, obra semejante al de la Seo de Valencia, aunque no tan feliz y armónico como el de la ciudad del Turia, construido por Rodrigo de Badajoz, que lo terminó en 1505.

A los pies de la nave principal despliega sus escultóricas galas el vestibulo conocido con el nombre de "El Paraíso". El creador de esta obra permanece ignorado y no lo deploramos, pues su memoria no sería galardonada con los perennes laureles que aureolan al maestro Mateo, a quien imitó con poca fortuna en las esculturas toscas, faltas de expresión y no acariciadas por soplos de vitalidad y alientos de sentimiento. Diferénciase del compostelano en que éste poseyó tres tímpanos, mientras que el de Compostela no tiene más que uno; los machones descansan en basas arquitectónicas en tanto en Compostela las decoran monstruos cuyas huecas fauces sirven para dotar de luz a la iglesia baja y aquí desaparecieron por innecesarias. Forman el pórtico tres arcos correspondientes a las tres naves del templo; el central, abocinado lo mismo que los laterales, de dimensiones más reducidas. Los terremotos que asolaron la comarca en el siglo XVI lastimaron grandemente esta obra y al reparar los desperfectos desapareció el tímpano del arco central y hoy se ven las ménsulas en que se apoyaba; el hueco se llenó con trazos ornamentales, en cuyo centro un nicho cobija a la ecuestre efigie de San Martín, Obispo de Tours.

El vano principal aparece dividido por un haz de columnas a cuyas plantas adósase una efigie del Apóstol Santiago, sentado con un libro sobre su pecho y una desnuda espada, símbolo de su martirio, en su diestra; efigie que acusa antigüedad más remota que la obra del pórtico y que antes poseyó altar propio entre las basas de las columnas del lado derecho del altar mayor. En la mitad del fuste una ménsula sustenta una efigie de la Virgen del Consuelo, sentada, a la que en el siglo XVIII añadieron unos ángeles coronándola.

El capitel que corona el machón central ostenta representaciones de las Tentaciones del Salvador, motivo idéntico al de Compostela. Ángeles

tañendo arpas y salterios, Profetas y Santos completan la mística alegoría que atavía la entrada a la Casa del Señor. Las archivoltas están adornadas con follajes y la imposta que corre a su alrededor con guirnaldas de pámpanos, delicadamente talladas. Toda esta grandiosa composición debió estar policromada; hoy sólo quedan vestigios de las pompas de colorido que realizaban sus encantos.

Al pie de cada lienzo lateral se alzan dos altares, cuyos muros llenan dos pinturas al fresco; una de ellas representa a San Cristóbal, de colosal tamaño, y enfrente San Ildefonso recibiendo la casulla que le impone la Virgen María. Presiden estos altares dos interesantes esculturas: una Virgen románica de piedra que ostenta un ramo en su mano y el Niño Jesús que la acompaña, un pájaro; la otra es un San Francisco Blanco, clavado en los brazos de una cruz, mártir glorioso de la Diócesis auriense. Bella bóveda ojival terciaria cubre este recinto.

Franqueamos el sagrado ámbito de las naves, perfumadas por el incienso, y nos saludan los cuatro sepulcros que llenan los muros de la nave lateral izquierda; bajo arcos descansan las yacentes efigies de cuatro prelados; de los arcos, tres de medio punto, están desnudos de ornamentación, y el cuarto, embellecido por ángeles que inciensan y ostentan en sus manos candeleros con cirios.

Cerca de la capilla del pararrayos álzase otro arco sepulcral, cuya inscripción reza que allí reposa: HI JAZ EL HONRADO BACHILLER ALONSO GONZALEZ, CANONIGO DE SANTIAGO E OURENS, FALECEO ANNO M CCCC E LX ANNOS.

Protegido por la bienhechora mirada del milagroso Cristo por él donado a la Catedral, elévase el monumento sepulcral del Obispo Vasco Pérez Mariño, de ilustre linaje, labrado en granito; es ojival y en él resplandece la austeridad en su ornamentación. Bajo la fronda de gentil arco, a manera de tímpano, aparece la efigie del Salvador mostrando los estigmas de sus llagas, que adoran ángeles grandes, y otros más pequeños en los ángulos inciensan y alumbran. El arca sepulcral, sustentada por leones, ostenta en su tapa su yacente efigie revestida de pontifical. Engalanan el arca afiligranadas arquerías que amparan estatuillas de la Virgen María, a cuyas plantas se postra un Rey Mago ofrendando dádivas; una dama y un caballero, más otras dos damas y un San José, llenan estos arcos. En la parte superior, tres esbeltos pináculos dan guardia a sus nobles armas.

Ojival, influenciado por el Renacimiento triunfante, es la tumba de D. Juan de Deza, arcediano de Bubal, que enriqueció el tesoro de la Catedral trayendo de San Facundo de Cea los cuerpos de los mártires San Facundo y Primitivo, y les construyó los dos hermosos lucillos que se admiran encima del sepulcro, uno, y en el muro fronterizo, el otro.

El coro fué primorosamente labrado por Diego de Solís y Juan de Angés, vecinos de León, a últimos del siglo XVI, y se cree que les ayudó en sus labores trabajando como oficial el insigne Francisco Moure. La traza fué sometida a la aprobación del artista Esteban Jordán; se ejecutó durante los años de 1587 a 1590, ambos inclusive, y fué ajustada en la suma de 3.076 ducados.

Esta tallado en nogal, y su estilo es el grecorromano, aunque no puro. Consta de dos órdenes de sillas; en los respaldos de las bajas se acoplan figuras saturadas de sentimiento e intensa vitalidad; los bustos están animados de expresión; las pilastras que separan las sillas están exornadas de galas renacentistas, profusas en flores, frutos, guirnaldas de follajes y arabescos. La silla episcopal está adornada por la imagen del Salvador y el escudo del Obispo D. Pedro González Acevedo, durante cuyo pontificado se esculpió esta obra a la que cooperó con espléndida dádiva el Arzobispo de Compostela D. Juan de San Clemente. A la vera del trono episcopal se alínean en las sillas inmediatas los santos predilectos de la Diócesis auriense, entre ellos San Facundo y Primitivo, San Rosendo, Constancia y Lorenzo, a los que siguen los Doctores de la Iglesia. El cornisamento cautiva por el encanto de los risueños ángeles, que lo alegran con su belleza. Dos admirables relieves, que conmemoran la Tentación y la Expulsión del Paraíso terrenal, ornamentan las hojas de las puertas. La reja que lo aísla es un bello ejemplar del arte plateresco, forjada por el afamado artista Juan Bautista Celma; la adornan estatuas y medallones representando la Anunciación de la Virgen, sus Desposorios, la visita a Santa Isabel, las Virtudes Teologales y Cardinales. El Arzobispo San Clemente costeó su dorado, hoy están pintadas.

Ilumina el crucero una araña de plata de dieciocho mecheros, donada en 1782 por el Deán D. Antonio Francisco Salgado y Vergara; antaño pendía del cimborrio un colosal incensario movido por unas poleas, hoy todavía se ven cuatro agujeros en los que se apoyaría su mole.

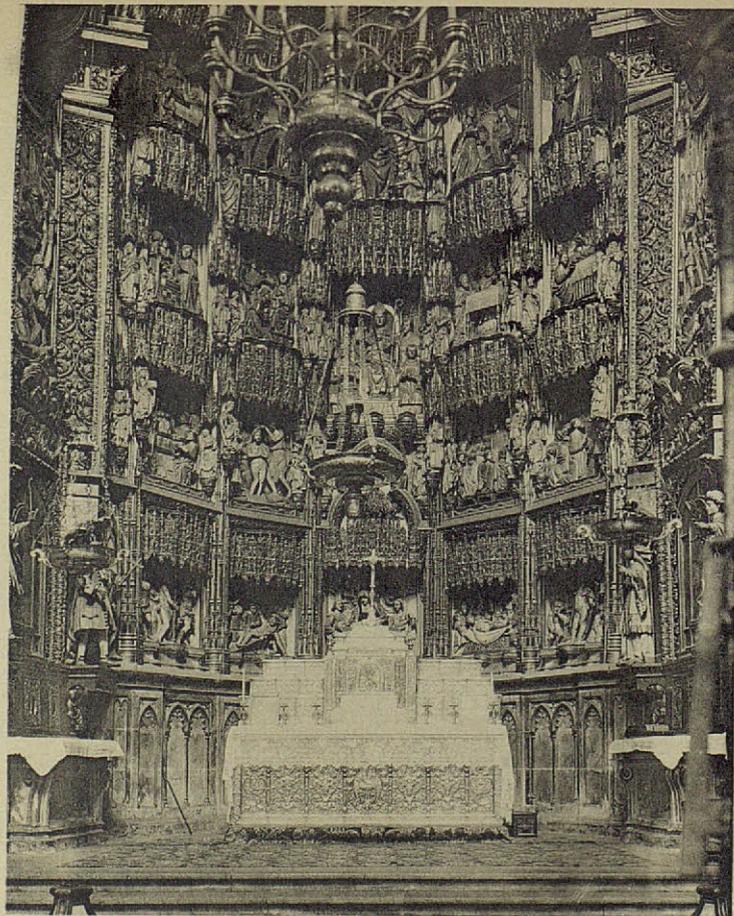
La reja que cierra la capilla mayor es otro portento metalario de Celma, ataviada con todos los encantos del arte plateresco. Consta de tres

cuerpos como si fuera una portada; la remata la efigie ecuestre de San Martín, Obispo de Tours, y un Calvario y al pie de la cruz la Virgen amantísima, las tres Marías, San Juan Evangelista y los dos ladrones en cruz, flanqueados por dos esculturas. Fué costeada esta reja por el Obispo D. Pedro González de Acevedo, sus armas perpetúan su munificencia.

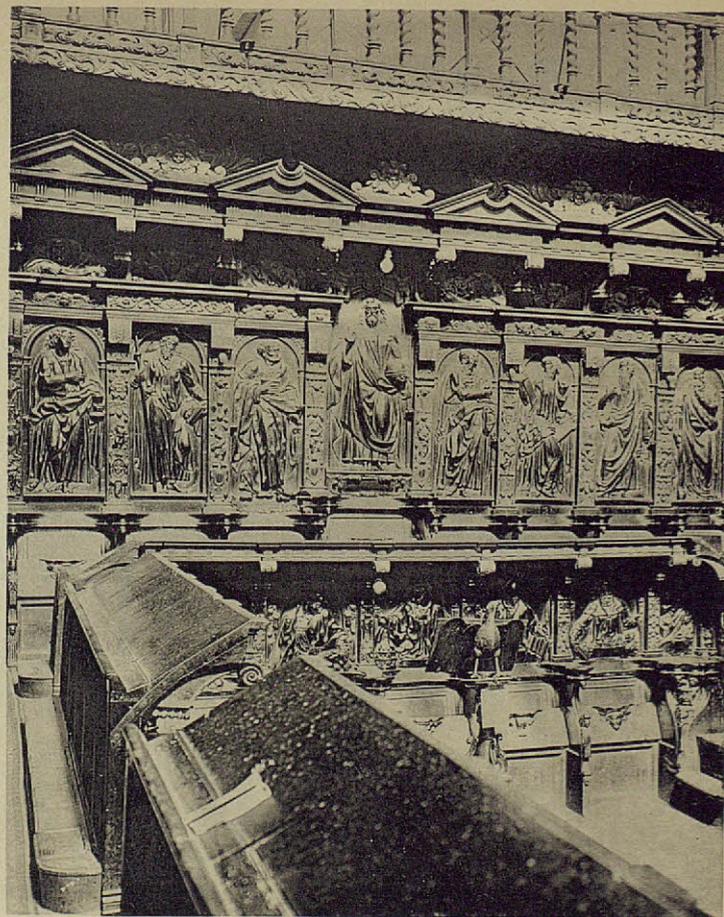
Los púlpitos son otra maravillosa creación de Celma, son octogonales; bellos relieves adornan los zócalos y descansan en grupos de tres sirenas que recuerdan los que cinceló para la Basílica compostelana.

La capilla mayor es en un todo digna de tan portentosa reja, la preside un retablo policromado en el que se derrochó el caudal de las gracias, encantos y atractivos del arte ojival. Los trabajos de investigación del Sr. Cid permiten atribuir su gloriosa paternidad al escultor holandés Cornelis. Consta de cuatro cuerpos, dividido cada uno de éstos en cinco compartimientos, excepto el segundo que sólo posee cuatro que llenan altos relieves con pasajes de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo y su madre la Virgen María. En los tres del centro, de mayores dimensiones que los demás, llenan el de la parte inferior la Virgen María con Jesucristo muerto en sus brazos, rodeada de las Santas mujeres; campea en el centro el Patrón de la Diócesis y tutelar de la Catedral San Martín de Tours, sentado en la cátedra revestido de pontifical, predicando acompañado de sus ministros y asistentes y corona el superior la Virgen, resplandeciente de gloria, subiendo a los cielos rodeada de ángeles, dos de los cuales la coronan. Diademas de cresterías afiligranadas enguinaldan los relieves y en las pilastras efigies de santos, saturadas de sentimiento, se cobijan bajo gentiles doseletes. No acusan las estatuas y los relieves el esplendor de otras obras coetáneas; pero siempre cautivará el alarde, pompa y riqueza de ornamentación que lo engalanan. El retablo fué consagrado el año de 1515 por el Obispo laodicense D. Rodrigo. El retablo, muy deteriorado por las injurias del tiempo, fué restaurado en el pasado siglo por el pintor y dorador gallego D. Manuel Vales, perdiendo el sublime encanto de su pátina.

A continuación del retablo, a ambos lados de la capilla mayor, se abrieron en el primer tercio del siglo XVIII dos pequeñas arcadas para colocar en ellas las reliquias de los cuerpos de los mártires Facundo, Primitivo y Eufemia, cuyas urnas se depositaron en 1720 y se les erigieron dos altares churriguerescos tallados, labrados en 1718 por el maestro



Retablo de la Capilla Mayor,  
por Cornelis de Holanda.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

Sillería del Coro,  
por Diego de Solís y Juan de Angés.

ORENSE.  
La Catedral.

Francisco de Castro. Dos grandes lienzos de Pitti, natural de Salamanca, discípulo de Lucas Jordán, representando fastos del martirio de los tres compañeros mártires, ornamentan los muros.

El altar está separado del retablo, es de piedra y en una cavidad guarda las reliquias depositadas cuando la consagración. Hoy reviste el altar un espléndido frontal de plata, labor de Pedro Garrido, orfebre de Valladolid, que lo ejecutó en los años de 1714 a 1716, y en 1718 cinceló las gradas y los atriles. El tabernáculo de plata fué ejecutado en 1802 por el célebre orfebre compostelano Jacobo Pecul.

Rinden guardia al retablo principal dos arcos sepulcrales, cobija el uno un sepulcro de blanco mármol, construido en Italia por Antonio Sola, costeadó por el fastuoso Comisario de Cruzada Fernández Varela para que en él reposasen eternamente los despojos mortales del insigne Cardenal Quevedo y Quintano, Obispo de Orense, Presidente que fué de las Cortes de Cádiz, por éstas galardonado con el título de Benemérito de la Patria y honrado por el Pontífice Pío VII con la púrpura; rico en virtudes, murió en olor de santidad, llorado de los desvalidos. Ornamentan su clásico cenotafio sus blasones, su busto en un medallón, relieves y unos lindos ángeles.

En el lado de la Epístola, un grande y profundo arco apuntado cobija una urna, que reposa en el lomo de tres leones; en su tapa ostenta el bulto de un Obispo revestido de ornamentos pontificales. Numeroso cortejo de eclesiásticos, revestidos de los ornamentos sagrados; Obispos ciñendo mitra y empuñando el báculo; ministros con crucifijos, incensarios, aspersorios y libros abiertos, rezando, llenan completamente a manera de imposta o repisa las bases de este arco, que se extiende en línea horizontal por los tres lados interiores del mismo, un poco más arriba de la estatua yacente. El intradós del arco está adornado por tres filas de ángeles con cirios, candeleros e incensarios. Más abajo de la clave, en el muro, ostenta un alto relieve de la Virgen María, coronada y aureolada con nimbo, adorada por dos ángeles hincados de rodillas que la inciensan, y otros dos, de pie, alumbran con cirios. Corona la clave una estatua del Salvador, sentado, acompañado de ángeles con incensarios unos y llevando de su mano niños desnudos otros y algunos tocando largas trompetas. Exornan las pilastras y basas y el sarcófago tres órdenes de ziszás que se cruzan; en los espacios entre unos y otros aparece el escudo y flores de cuatro hojas, sagitarios y variadas figuras y a los

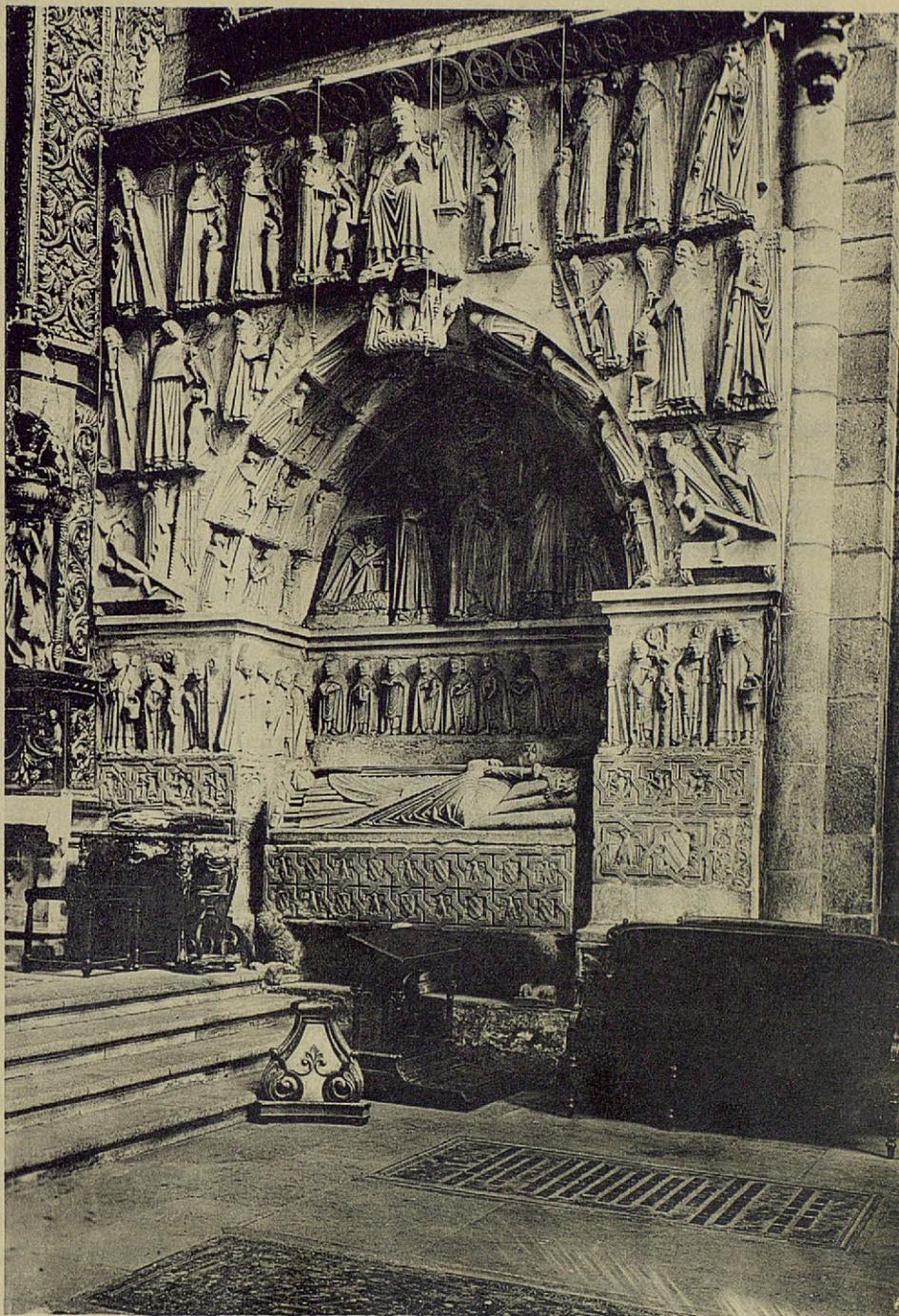
lados de las pilastras gallardos tallos. Este incomparable monumento de granito, labor prodigiosa del siglo XIII, quizá el más importante de esa centuria, se presume según los trabajos del Sr. Cid, que custodia los restos del Obispo D. Alfonso I, fundador del templo. Las armas y blasones que ornamentan su sepulcro pertenecen al linaje de los Anaya. Tres grandes lámparas de plata centellean perennemente ante el altar.

Quando se construyó la girola en el siglo XVII, desaparecieron las capillas absidales dedicadas a Santa Eufemia, San Facundo y Primitivo y se erigieron varias nuevas, entre ellas la de la Asunción, notable por el arcaico Cristo bizantino que en ella se venera, escultura del siglo XIII que no ciñe su cabeza con corona de espinas y sí imperial; tiene cuatro clavos y la túnica se apoya en las caderas; escultura que a juicio de afamados arqueólogos es la más antigua de la Catedral.

De las emplazadas en la nave principal son dignas de mención: la de San Juan, con puerta abocinada; la de las Nieves, patronato de los Mosquera, poblada de sepulcros; de los Pérez de Novoa, padres y hermanos del fundador Febos Rodríguez, del que se admira en la capilla una buena estatua orante en madera, atribuida al escultor Juan de Angés, y en el trascoro, la del Rosario, patronato de los Villamarín; cuyas efigies hincan sus rodillas impetrando la misericordia de Dios, embellecida por verja del Renacimiento y retablo de Juan de Angés. Fué labrada esta capilla en 1592 y restaurada en 1876.

Ufánase la Catedral auriense con el tesoro de su milagroso Cristo, que la tradición atribuye a las pías manos de Nicodemus y que arribó providencialmente a las desoladas costas de Finisterre, antesala de los muertos, y desde allí donado a la Catedral por el Obispo D. Vasco Pérez Mariño, imagen arrullada por las plegarias del pueblo orensano, que impetra su auxilio en sus penas y le rinde gratitud por sus beneficios.

La capilla dedicada al milagroso Cristo es la más importante de la Catedral; la separa de la nave una bella reja renacentista, y consta de dos cuerpos, el primero ojival, del siglo XVI, y el segundo greco romano. Probablemente la capilla, en sus primeros tiempos, sólo poseería más que el primer cuerpo, y en el siglo XVIII se ensanchó con el segundo, en el que se alza el retablo que lo cobija, tallado en dorada madera y exornado con pompas barrocas, de guirnaldas, follajes, frutos, flores, pámpanos y hojas. Purpúreos damascos galoneados y grandes marcos encuadran relieves escultóricos, entre los que destacan la Oración del



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

ORENSE.

La Catedral.

Sepulchro del Obispo D. Alfonso en la Capilla Mayor.

Huerto y el Descendimiento. Los limosneros emplazados en su entrada son cautivadores.

El Licenciado Baltasar Porreño, en su Nobiliario de Galicia (manuscrito), describe el milagroso Cristo con las siguientes frases: "Ay en la Santa Iglesia de Orense un Crucifixo debotissimo, y es una de las estaciones, que los Peregrinos, que van a Santiago de Galicia hacen; es de obra maravillosa, y su figura a lo muerto de dos varas, y tercia menos un dedo de largo, y tiene del medio del pecho al remate de los dedos de cada mano enclabada poco mas de vara, y se suena tiene su Cabellera de Cabellos naturales de hombre y las uñas tambien de hombre; esta tan tratable blando, y suave como si fuera cuerpo humano, y vivo por que tocandole con el dedo en muchas partes se hunde la parte tocada, y quitando el dedo se buelbe a su primer ser, y proporcion; esta tan desfigurado, sangriento, y acardenalado, que causa grandisima compasion, ternura y debocion a todos cuantos lo miran, tiene sembrados por el Cuerpo, brazos y piernas muchos cardenales, ronchas, y berdu-gones de dibersas formas, y figuras, y estan relevados de la Carne quanto el grueso de la mitad del dedo menor de la mano, unos mas, y otros menos, unos rebentados, y corriendo sangre por haver asegurado, y llegado por allí muchas veces el azote, y otros enteros como a punto de reventar, segun estan enconados, azules, y morados; es tradicion ser compañero de otro Christo famoso, que esta en la Villa de Finisterre Puerto de este Reyno, y obra de Nicodemus, y se dice aporto aqui en una Caxa, que venia por la mar, y es certissimo haverle traydo a esta Iglesia el Obispo de ella Don Basco Mariño. Tambien es tradicion estar en el pecho de este Santo Christo un pedazo de la sogá con que el Redemptor fue preso y atado en su pasion. Han concedido los Pontifices Romanos grandes indulgencias a los que visitaren este Santo Cruxifixo".

En el tesoro de la Catedral brillan por su magnificencia, además del retablo argentífero de la capilla mayor, las planchas repujadas que conmemoran los milagros de Santa Eufemia; la custodia procesional, de estilo plateresco, alcanza 1,20 metros de altura, y su forma es exagonal. Consta de tres cuerpos y cúpula. Bellos relieves representan las Virtudes y Doctores de la Iglesia, Moisés y los Profetas adornando el basamento y los zócalos. La clásica campanilla pende de la cúpula, coronada por la cruz. La custodia es de plata sobredorada en gran parte y la costeó y

donó el Ilmo. Sr. D. Miguel Ares de Cabanal, Obispo que fué de esta diócesis, cuyo blasón se ve cincelado en el basamento. Se ejecutó en los años de 1602 a 1604, desconociéndose sus artífices, aunque es presumible fueran los vecinos de Valladolid que cincelaron las urnas de San Torcuato y Rosendo que se veneran en el Monasterio de Celanova. El zócalo de esta custodia lo hizo Manuel Ortiz y en las cuentas de la Fábrica de 1802 se le abonán 90 reales por obra y algunos arreglos.

Guárdanse también unos fragmentos de un magnífico frontal de cobre y esmaltes que representan a Jesucristo y dos de sus Apóstoles cobijados por arcos semicirculares, con archivoltas sustentadas por huecas columnas, adornadas con torrecillas almenadas y placas de esmalte, unas semicirculares, otras rectangulares y otras de doble curva para las enjutas; también las hay elípticas profusamente esmaltadas y pobladas con ángeles. Esta portentosa presea mereció del Sr. Villamil y Castro el siguiente juicio: "La principal exornación era iconográfica y de ella se conserva la mayor parte en placas de 21 centímetros por 12, con figuras doradas, sobrepuestas, de medio relieve, y dos (ángel y toro) de los atributos de los Evangelistas que ocupaban las enjutas centrales acantonando el Jesucristo en VESICA PISCIS, del sede majestatis. Tiene cada figura su correspondiente letrero en línea horizontal y caracteres de forma clásica. Nueve de ellas de Apóstoles y Evangelistas lo tienen escrito con corrección y claridad, pero en otros se lee: S Pavlie, S Piris, S Vmon, S Martialis, S Vinses y S Martí."

Esta última imagen tiene una interesantísima adición y es la figura en actitud de acercarse al Santo, a cuyos pies se leen en dos líneas: ALFONSO, ARERI. Sin duda, Alfonso fué el artífice de esta joya y el otro un esmaltador gallego que quizá hubiese colaborado en el magnífico retablo esmaltado que poseyó la Basilica compostelana. El Barón de la Vega de la Hoz cree que estos trozos pudieran ser restos de un arca esmaltada semejante a la que es patrimonio de la Catedral de Vizeu.

La cruz procesional grande de plata, dorada a fuego, fué donada a la Catedral por el Conde de Benavente en desagravio de los ultrajes que la infirió; es de estilo ojival florido, alcanza 1,47 metros de altura; es una bellísima creación pródiga en doseletes, cresterías y figurillas en las que palpita el soberano cincel de Enrique de Arfe, a quien se atribuye, y si no lo fuera es merecedora de su paternidad. Esta alhaja fué restaurada

y enriquecida, despojándole de parte de sus encantos en 1904, merced al donativo de D. Perfectino Vietez Rodriguez, que sufragó las turquesas, topacios, rubies y amatistas que la exornan.

Entre las otras cruces hay una de azabache, en parte dorada, de ornamentación ojival; figura en los inventarios de la Catedral desde 1503 y no faltan eruditos que la reputan labor romántica. Hay otra cruz pequeña, de plata, labor del último tercio del siglo xv. Estuvo decorada con esmaltes y dorada y en el frente tiene grabada la imagen de Jesucristo bendiciendo; una inscripción recuerda que la donó el Sr. D. Frei Po de Silva, Obispo de Badajoz, que rigió esta diócesis.

Tres son los portapaces que posee. Uno de plata sobredorada, estilo ojival, joya que en unión de otras donó a la Catedral D. Alfonso Pimentel, quinto Conde de Benavente, cumpliendo el testamento de su padre D. Rodrigo Alfonso de Pimentel, cuyos blasones ostenta en su basamento. Los otros dos, aunque menos importantes, se adornan con bellos relieves cincelados de pasajes del Viejo Testamento.

*Arqueta de marfil.*—Está decorada con relieves que representan la historia de la casta Susana, narrada por el Profeta Daniel; en su interior, revestida de blanco tafetán, se guarda reliquias; fué descrita por Ambrosio de Morales y es presumible que viniera de Roma; consta que en 1539 era patrimonio de la Catedral.

De los muchos ornamentos que poseyó la Catedral, donados por Prelados y Magnates, sólo se conserva una capa pluvial, dos dalmáticas y una casulla que debió donar el Obispo D. Francisco Blanco de Salcedo, que finó de Arzobispo de Compostela, cuyos blasones ostentan sus bordados sobre raso carmesí.

Inestimable tesoro bibliográfico, orgullo de la Catedral, es el Misal auriense, impreso en la villa de Monterrey en el año 1494. El Misal consta de 280 hojas y está muy bien conservado; se usaba en el servicio del templo antes de la reforma Tridentina y es el único incunable de Galicia. El otro libro valioso de la Catedral auriense son las Constituciones Sinodales de la Diócesis de Orense, hechas por el Ilmo. Sr. D. Francisco Manrique de Lara, Obispo de la misma, con otras que se hallaron de sus predecesores, impresas todas ellas en esta ciudad en 1544 por el célebre escritor e impresor Vasco Díaz Tanco de Fregenal; sigue en antigüedad al auriense y forma un volumen encuadernado en pasta moderna en folio menor de 81 hojas. En la primera tiene grabado un Calvario y en

otras pasajes religiosos y bellas letras iniciales impresas en negro adornadas con figuras.

El claustro de ensueño sólo consta de una ala; se desconoce si antiguamente poseyó más; es de estilo de transición románico ojival de mediados del siglo XIV. La emoción se adueña de nuestro ánimo al contemplar las bellas arcadas embellecidas con doseletes, huérfanos de escultura y en los entrepaños festoneado de lacerías y rosas. Cautivan los primorosos capiteles, algunos de los cuales describen pasajes de la vida de la Virgen María y otros episodios animados de los azares de la caza del jabalí. Recientes investigaciones del Sr. Cid niegan el juicio del Sr. Murguía que dice que sólo a este claustro pueden referirse las palabras de la concordia concertada por el Obispo Pascual García y el pueblo de Orense en el año 1385 que reza: "SE REUNIERON LOS PERSONEROS DE LA CIUDAD DE LA CLAUSTRA NOVA DE SAN MARTIÑO DE DITA CIUDADE", que hace alusión a un antiguo claustro que ocupaba el espacio donde hoy se levanta la girola del templo y no el monumento incomparable rebosante de gentileza que ha llegado a nuestros días.

Los atractivos de Auria los reúne esta copla:

Tres cosas hay en Orense  
que no las hay en España  
el Santo Cristo, la Puente  
y la Burga hirviendo el agua.

ANTONIO WEYLER

## El Obispo Ramírez de Fuenleal y Villaescusa de Haro

Situada Villaescusa en las proximidades de Belmonte, ha quedado obscurecida históricamente por ésta, y en las turbulencias de la reconquista primero, y en las luchas de sucesión después entre partidarios de los Reyes Católicos y de la Beltraneja, no le cupo más papel que sufrir los saqueos y vejaciones de los que acampaban frente a Belmonte unas veces y de los que salían de la fortaleza otras.

Coincidiendo con la llamada Paz de las Damas, y por lo tanto con la tranquilidad de esta comarca, florecía en España un hijo ilustre de Villaescusa de Haro, D. Diego Ramírez de Fuenleal, que fué obispo de Astorga, de Málaga y luego de Cuenca, al que los Reyes Católicos, conocedores de sus dotes, nombraban capellán mayor y consejero de la princesa D.<sup>a</sup> Juana, y al que destinaban para que la acompañara en su viaje a Flandes con motivo del matrimonio de esta Princesa con el archiduque D. Felipe. Muerto durante el camino el obispo de Jaén, don Luis Osorio, que había de casarlos, correspondió tan histórica misión a nuestro D. Diego, que también después había de presenciar en Gante el bautizo del que había de ser Emperador, y de cuya ceremonia envió a los Reyes una muy exacta relación que se conserva en el archivo de Simancas. Requerido por el papa Adriano VI para que le acompañara, fué con él a Roma cuando marchó a posesionarse de la tiara.

No debió desempeñar desgraciadamente sus cometidos, puesto que después fué nombrado embajador en Francia e Inglaterra y posteriormente encargado de presidir la Cancillería de Valladolid, donde recibió al Emperador Carlos I, y al que dió un banquete de *cuénto de hadas*, cuya relación ha recogido Ortega y Rubio, y en la que dice "que el rey y la infanta recibieron gran contentamiento". Sin embargo, algo que no

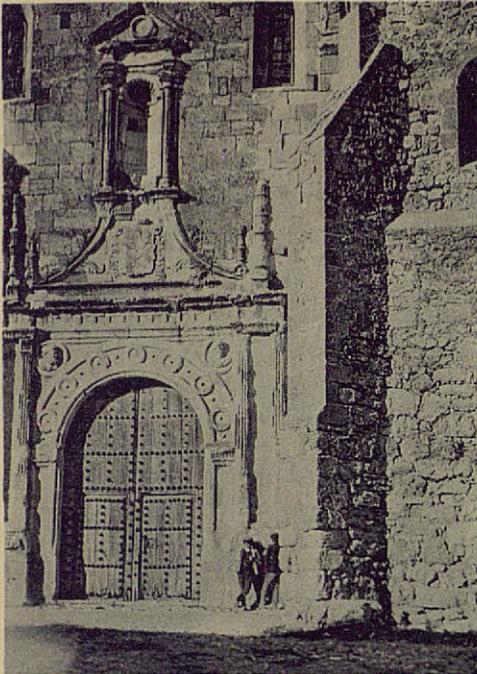
hemos podido poner en claro (1), debió ocurrir después entre nuestro obispo y el Emperador, que dejó tirantes las relaciones de ambos, y de lo cual se culpaba al por entonces embajador en Roma de Carlos V, quien no gustaba de la preponderancia que adquiriría D. Diego.

Con toda la importancia que en el orden religioso y político alcanzó el preclaro hijo de Villaescusa, es sin duda todavía mayor la que tuvo en el aspecto artístico como introductor del arte renacentista en España, al que dedicó todo su esfuerzo; un esfuerzo sólo comprensible teniendo en cuenta su situación a la sazón y conociendo sus dotes de generosidad, de cultura, que demuestra en su extensa obra literaria, en su mayor parte desaparecida, su refinado gusto, y por ello sus relaciones con los grandes artistas de la época. Lecort dice en *La Peinture espagnole*, que Alfonso de Berruguete, a su vuelta de Italia, fué llamado por el arzobispo de Toledo y por el obispo de Cuenca, que no era otro que D. Diego Ramírez, según atestiguan las puertas de la sala capitular que, mandadas hacer por él, están atribuidas a Berruguete, con sobrada razón por Orueta.

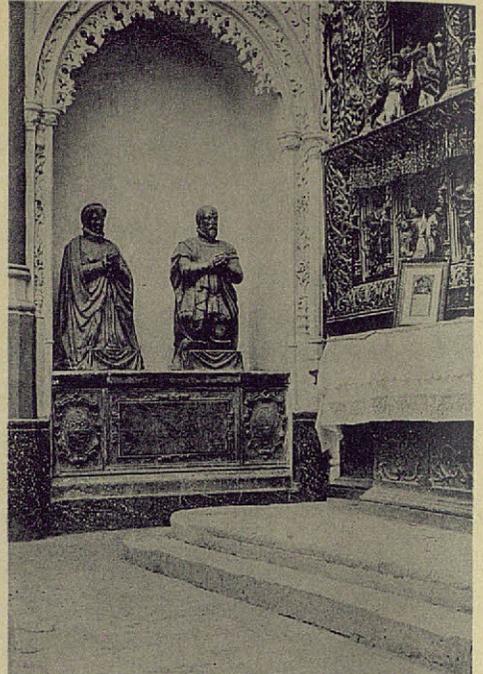
Conocidas estas circunstancias, no es de extrañar que su paso esté sembrado de manifestaciones artísticas, justificativas de su buen gusto, y del aserto que hacemos de ser uno de los introductores del arte renacentista en nuestro país.

Durante su estancia en Málaga, reedificó las casas episcopales e inició el proyecto de la catedral; erigió una colegiata en Antequera; fundó en Salamanca el Colegio mayor, llamado de Cuenca, elegante muestra del arte del renacimiento, que fué destruída durante la invasión francesa y en cuya construcción empleó la enorme suma, para aquellos tiempos, de 170.000 ducados; a él son debidas en Cuenca casi todas las obras platerescas que atesora la catedral, las mejores del estilo en su época, y alguna de las cuales no sólo mandó hacer, sino que empleó en ella gran parte de sus fondos particulares; de su tiempo es el famoso arco de Jamate, la sala capitular, su magnífica portada y las ya referidas puertas de Berruguete, la capilla honda con su precioso artesonado, la capilla de los apóstoles, muchas de las verjas, entre ellas la de la capilla mayor y la del coro y otras obras, en las que campeando su escudo, nos muestra su origen. Por último, en Villaescusa de Haro, su pueblo natal, dejó

(1) Tenemos entre manos un pequeño estudio de este personaje.



Puerta de la Iglesia.

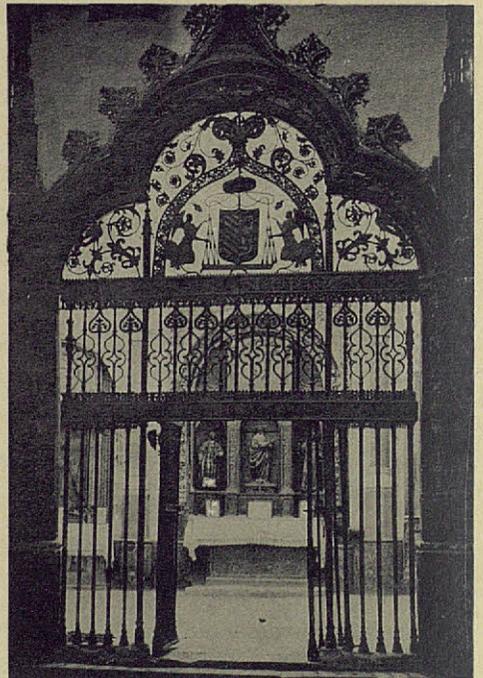


Sepulcro de los sobrinos  
del fundador.



Fot. Zomeño.

Cresteria del abside de la  
capilla de Ramirez.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Verja gótica, que da entrada  
a la capilla de Ramirez

VILLAESCUSA DE HARO.  
(Cuenca)

quizá la muestra más acabada de su exquisito temperamento artístico y de su refinado gusto, de que desgraciadamente sólo se conserva en parte, pero que nos permite estudiar la interesante figura del obispo de Cuenca.

Es hoy Villaescusa de Haro un pueblo manchego, en el que entre un montón de ruinas y casas bajas se destaca, aparte de un convento que fundó otro obispo del mismo apellido, toda la obra de Ramírez de Fuenleal. Es lo primero que se divisa la esbelta crestería gótica de la capilla de la Asunción y su espadaña, capilla que fundó para enterramiento de su familia en 1507, y que está adosada a la iglesia parroquial. Tiene su entrada por la nave del evangelio, por tres arcos góticos, mayor y lobulado el del centro y adornados con multitud de labores y estatuas policromadas. Cierra esta entrada una verja, de la que dice Lampérez *es de primera categoría*, verja de esmeradísima labor, de la que puede juzgarse en la fotografía, y en la que está hermanada con el estilo gótico toda la elegancia del renacimiento. Podría atribuirse esta maravillosa verja a Fray Francisco de Salamanca, pues con las de tan excelente rejero tiene extraordinaria semejanza y recuerda la del Monasterio de Guadalupe; pero parece lógico suponer que habiendo por entonces en Cuenca tan diestros artifices en la materia, a alguno de ellos había de confiar D. Diego la construcción de la de Villaescusa. En las de la catedral de Cuenca, tanto Hernando de Arenas, como Andino, que le hicieron otras por su encargo, tienen un gusto un poco posterior a ésta, y Sancho, que también trabajaba en Cuenca por aquel tiempo, y que fué llamado por el cabildo de Sevilla para las rejas del presbiterio, también lo hacía con una mayor tendencia hacia lo plateado. En el friso de la de Villaescusa se puede ver la leyenda evangélica siguiente: NON CONFUNDAS ME AB EXPECTATIONE MEA; ADJUVA ME. DOMINE. ET SALVUS ERO.

La capilla recuerda según Cuadrado, aunque con menor pompa, la del condestable de la catedral de Toledo, tiene también las ventanas ojivales, en su parte posterior dos tribunas con antepechos calados, y son los nichos de arcos semicirculares con orlas de hojarasca y recuadrados de una cadena de piedra. En uno de ellos, a la izquierda del retablo, está el enterramiento de los sobrinos del fundador, D. Eugenio Ramírez de Peralta y D.<sup>a</sup> Luisa de Muñatones, representados por dos estatuas orantes, soberbias esculturas que recuerdan las de Monegro, y en la

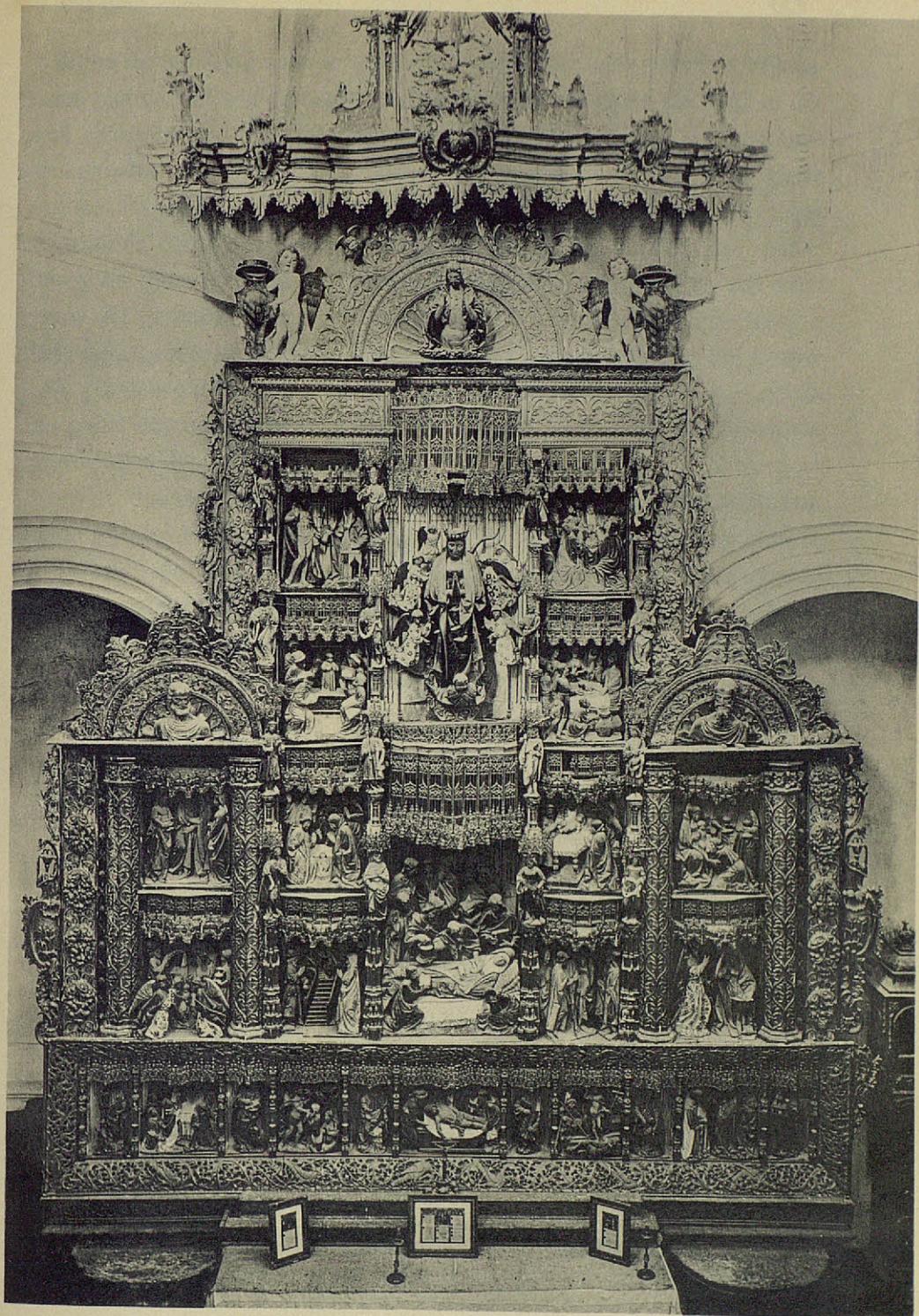
parte baja un epitafio latino nos describe sentidamente su inseparable unión. . . . .

*“con admirable esfuerzo conservaron el esplendor y la gloria de su preclaro linaje; una misma era la piedad de ambos; una también era su voluntad, único el amor nacido de sus puros corazones. La desgracia les sorprendió el mismo día, pero no los arrebató de esta vida; la herida fué común; la muerte de uno tan sólo; pero ahora la misma dura piedra cubre sus restos y sus almas unidas habitan una misma región del cielo.”*

Eclipsado por la maravillosa verja, tiene la capilla un retablo del que acompañamos la reproducción; gótico con elementos de transición que si tiene interés por las esculturas algo embastecidas por el repinte, tiene mucho más por la traza y elementos ornamentales. No hemos podido averiguar a quién se debe esta joya; Serrano Fatigati no llegó a verlo, y está compuesto de multitud de nichos de tallas policromadas, que sin tener la finura de las de Gil de Siloe, encantan, sin embargo, por el candor con que el artista ha interpretado los misterios de la muerte y ascensión de la Virgen. Es más exquisita aún la crestería que adorna los nichos de una finura sólo comparable a la del retablo del Paular, y a todo supera la orla de una elegancia de dibujo tal, que difícilmente podrá encontrársele pareja.

No deja de tener interés el resto de la iglesia parroquial, pero se encuentra fuera de ella (para mayor seguridad) una magnífica custodia, obra de los Becerriles conquenses, que un poco deteriorada, conserva todavía elementos suficientes para poder juzgar de la maestría de dichos orfebres y tiene un interés documental, tanto mayor, cuanto que casi todas las restantes obras de este género van desapareciendo de la provincia para engrosar las colecciones extranjeras, especialmente las norteamericanas. Un sacerdote amabilísimo nos la muestra y nos permite fotografiarla, y por cierto que no ha correspondido el resultado al buen deseo con que la hicimos, por lo que no la consideramos digna de acompañar las bellas reproducciones que de ordinario figuran en el BOLETÍN.

Todavía hay en Villaescusa de Haro otras muestras de la munificencia y amor al arte de D. Diego: el palacio donde pensó fijar su residencia con una muy sobria fachada renacimiento. Hay también un convento de Justinianas, con una imagen de Cristo crucificado de buena talla.



Fot. Zomeño.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

VILLAESCUSA DE HARO.  
(Cuenca.)

Retablo gótico de la capilla de Ramirez.

Y digna de la mayor admiración es la inacabada Universidad de Villaescusa, con su fachada de estilo renaciente primitivo como de 1525 al 30, que recuerda las cosas de Francisco de Colonia. Tiene las ventanas apilastradas con copetes en semicírculo y excelentes bustos, y un patio del mismo estilo, donde se admira un mirador que tampoco se llegó a terminar, como el resto de la obra; sin duda por la muerte del fundador, y no como dice Madoz, porque se llegara a enterar éste del proyecto del Cardenal Cisneros de hacer la de Alcalá, pues en la fecha que indudablemente se comenzó ésta, ya estaba para terminar la del Cardenal, y hombre de la cultura y de la posición social del obispo de Cuenca no podía desconocer la existencia del indicado edificio de Alcalá, veintitantos años después de hecho.

De todos modos hoy produce la dolorosa impresión de no ver terminado un proyecto tan beneficioso para la cultura y de tanta importancia artística. Todo el ambiente de Villaescusa respira la grandeza que le quiso imprimir Ramírez de Fuenleal y nos hace pensar en lo que hombres como el que tratamos pretendieron que fuera su patria. ¡Qué triste es considerar lo mal que se ha correspondido a su deseo!

MARIANO ZOMEÑO

Cuenca, Junio 1924

## EXCURSIÓN A AVILA, SEGOVIA, RIOFRÍO Y LA GRANJA

Organizada para los días 15, 16 y 17 del mes de Mayo, fué prorrogada, en ruta, por acuerdo unánime de los expedicionarios, hasta el 18, que era domingo.

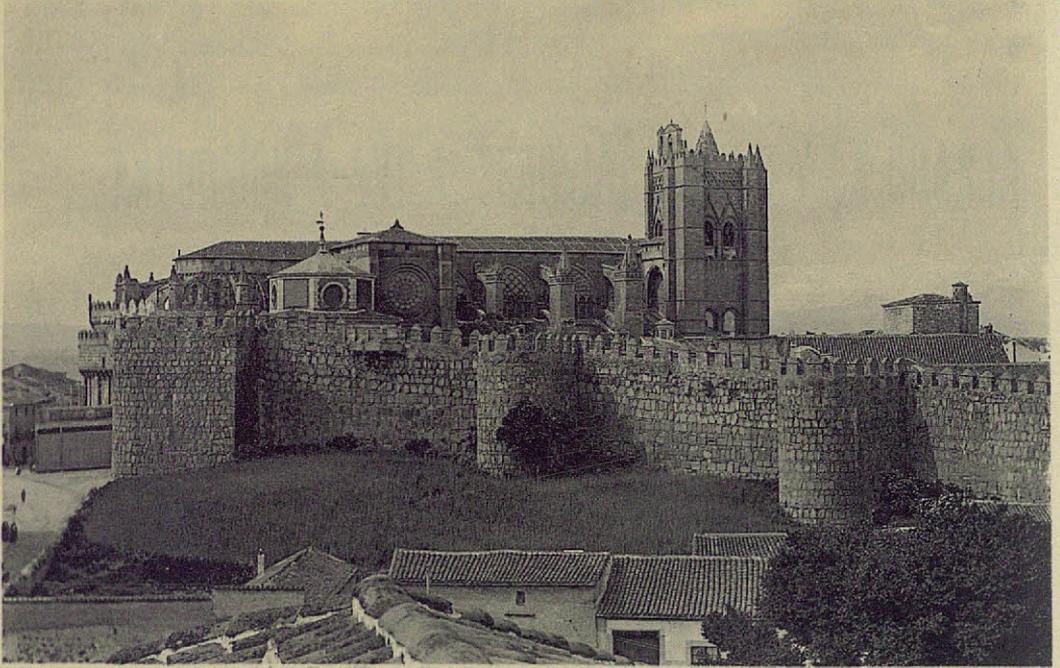
Comenzó el viaje con un tiempo espléndido, y como a tan feliz circunstancia se unía el ir acompañados de lindas señoritas, de personalidades ilustres, especializadas en las distintas manifestaciones del arte, y no faltó algún "causeur" infatigable, hay que decir que todas las jornadas fueron hechas sin el menor cansancio y en un ambiente de franca cordialidad y alegre humorismo que difícilmente podremos olvidar los que tuvimos la fortuna de gozar tan deliciosos ratos.

Sin pretender decir nada nuevo, labor que dejamos a los muchos y muy expertos eruditos que a ello se dedican, nos limitaremos a escribir un recuerdo de la excursión, porque intentar otra cosa sería temeridad, dada nuestra incompetencia.

Fuimos desde Madrid directamente a Ávila, la tan bella como antigua ciudad castellana, emplazada sobre elevado cerro de la sierra de Ávila, al pie de cuyo recinto discurre el río Adaja. Las murallas, mandadas construir por Alfonso VI, son la más interesante de sus características, con ser éstas muchas. Lástima que, desatendida su conservación durante siglos, haya sido necesario proceder a restaurarlas, quizá excesivamente. Aún flamantes, como van quedando, no dejan de causar honda impresión a quien las contempla, porque dan a la ciudad un aspecto de plaza fuerte de la Edad Media, que no tiene rival.

Entrando por la puerta del Alcázar, ejemplar magnífico de arquitectura militar, nos dirigimos al hotel y, después de sacudirnos el polvo del camino, provistos de la bien documentada *Cartilla excursionista* de D. Elías Tormo, comenzamos por visitar la catedral.

Esta fábrica, de gran elegancia, de estilo gótico, con algunos elementos del románico, data, como las murallas, del siglo xi. Si al exterior es



La Muralla y la Catedral.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

Claustro de Santo Tomás.  
AVILA.

monumento de gran belleza, por sus portadas, torre y ábside, llamado en Ávila *cimorro*, no lo es menos al interior, donde pudimos recrearnos contemplando los bajorrelieves del trascoro; las pinturas de Berruguete, Santa Cruz y Juan de Borgoña, que enriquecen el retablo mayor; los férreos púlpitos tan hábilmente repujados; el sepulcro del célebre Obispo de Ávila, Don Alonso de Madrigal, llamado *el Tostado*; los altares de alabastro de Santa Catalina y San Segundo; el claustro; la hermosa verja de la sacristía y tantas obras de arte allí acumuladas, sin olvidar el museo, instalado en la propia catedral, en el que se exhiben preciosos relicarios, ropajes, vasos sagrados, libros iluminados, tablas estimables y cuadros, uno de ellos del Greco, en deplorable estado de conservación y que será el retrato de García Ibáñez de Múgica Bracamonte, objetos todos interesantes, muy valiosos algunos, si bien expuestos con poco orden y con menos arte.

Llegada la hora del yantar, parece ocioso decir que lo hicimos todos con el mejor apetito; no en vano salimos de Madrid a las ocho de la mañana y ya habían dado las dos de la tarde cuando nos sentábamos a la mesa. Acallados los clamores del estómago, y reposada la comida, nos dirigimos a la iglesia de San Pedro, templo románico muy típico, con bella portada y elegantes ábsides, que tiene hermosos sepulcros y un buen retablo en la capilla mayor.

La segunda visita de la tarde la dedicamos a Santo Tomás, monumento gótico de lo más importante de Ávila. Allí está el sepulcro de alabastro del Infante Don Juan, el malogrado hijo de los Reyes Católicos, que tanto contribuyeron a la construcción del convento. Quiso nuestra mala fortuna, por estar en el coro la comunidad, que no pudiéramos ver la sillería que encierra, famosa por su riquísima labor. Ofrece este templo la originalidad de tener el presbiterio en alto, como el coro, singular disposición que sorprende y que es bien poco frecuente. La visita a los claustros nos produjo honda emoción. Era tan atrayente la paz que allí se respiraba, que hubo excursionista que (acaso impelido por una vocación religiosa que, no suficiente para brotar en el mundano tráfico, encontró allí cauce acomodado y se manifestó en principio) requirió al dominico que amable nos guiaba para que le diera toda clase de detalles acerca de cómo se desenvuelve la vida de la orden en el Monasterio; pero la cosa no pasó de ahí.

Un tanto agobiados por el calor, enderezamos nuestros pasos al con-

vento de la Santa. Emplazado en el lugar que ocupó la casa donde naciera y viviera la Doctora insigne de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, no ofrece gran interés artístico, pero es visitadísimo por los devotos.

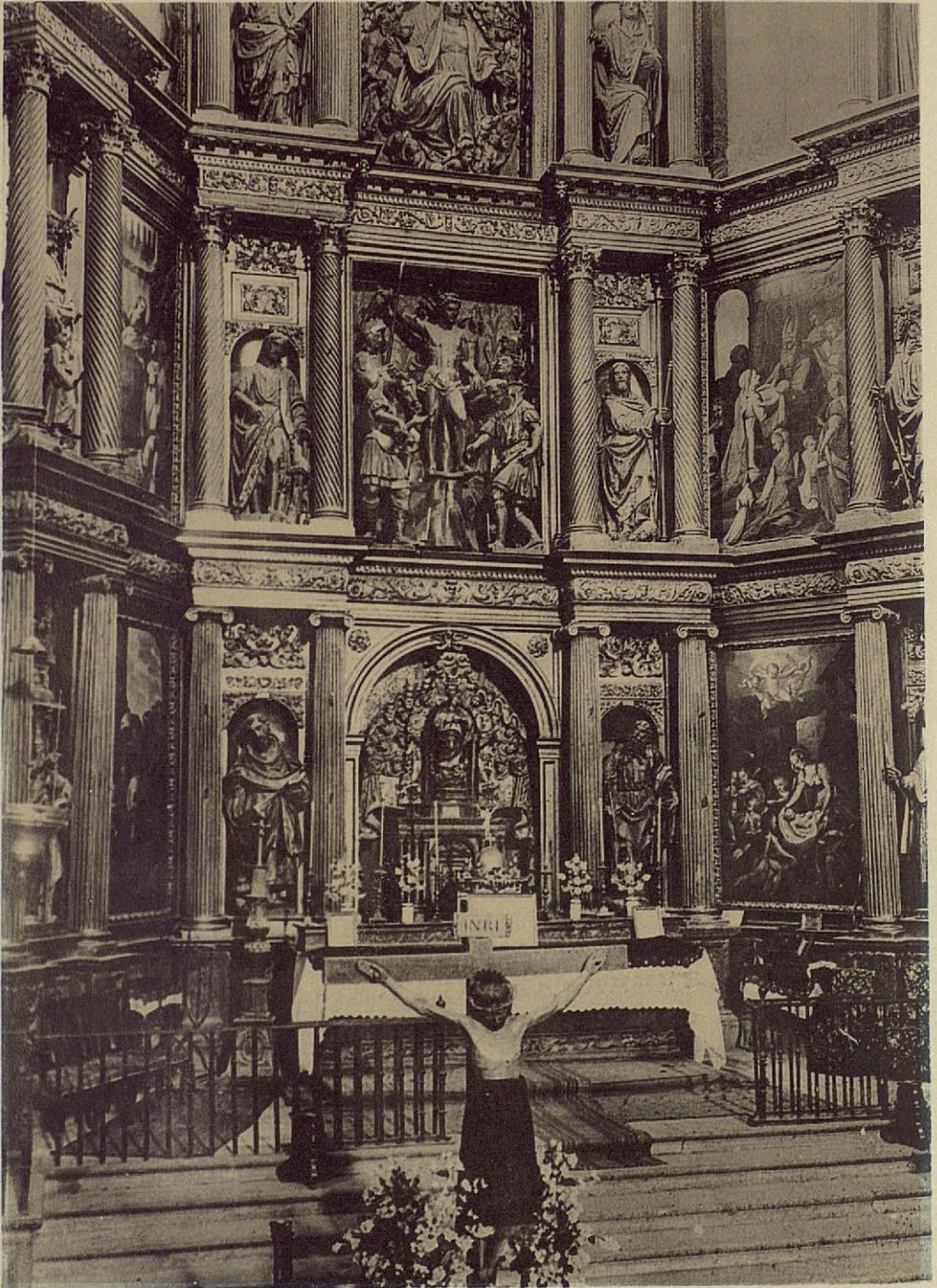
Al antiguo palacio de Polentinos, hoy Academia de Intendencia, fué nuestra última visita en colectividad el día 15. La fachada y el patio son hermosos. Fueron varios los excursionistas que recorrieron las dependencias del establecimiento, enterándose con toda minuciosidad de cómo funciona, amablemente guiados por el Subdirector de estudios de la Academia, amigo de uno de nuestros distinguidos compañeros de viaje.

Por la noche, algunos aficionados a contemplar los mágicos efectos que las viejas ciudades a la luz de la luna ofrecen, recorrimos Ávila y dimos la vuelta a su recinto murado, evocando, con el auxilio de nuestra fantasía, pretéritos tiempos de grandeza de la antigua urbe y episodios históricos como la farsa del destronamiento de Enrique IV que los nobles sublevados simularon en sus cercanías.

En las primeras horas de la mañana del día 16, en pequeños grupos, fuimos a distintos templos, como la capilla de Mosén Rubí, restaurada a expensas del Conde de Parcent, y la de San Segundo, sin dejar de admirar algunas casas particulares tan artísticas como la de Velada y otras, coincidiendo después casi todos en la basílica de San Vicente.

Es el más hermoso monumento de Avila y pertenece al estilo románico en su período de transición al gótico, hallándose en restauración. Es magnífica la portada principal llena de esculturas, muy lindo el pórtico de la fachada del mediodía y bien característicos los ábsides. En el interior admiramos la nave ya restaurada con tribunas altas; el soberbio sepulcro de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, de prolija labor artística y la cueva de la Virgen de la Soterraña, donde vimos, por cierto con bastante dificultad por falta de luz, hermosa tabla de la Virgen con el Divino Niño en el regazo, obra de verdadero mérito.

Los aficionados a la fotografía trabajamos de lo lindo, y, a las once de la mañana, satisfechos de las agradables horas pasadas en la castellana capital, emprendimos alegremente el viaje a Segovia en cómodo automóvil. Al pasar por la plaza del Alcázar, donde todos los viernes hay mercado, vimos el abigarrado conjunto de los aldeanos con sus típicos atavíos, que allí acuden a vender sus mercancías.



Fot. Unturbe.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

VILLACASTIN (Segovia.)  
Retablo de la Iglesia.

Camino de Segovia, a nuestra vista se extendían los verdes campos donde las florecillas silvestres ponen en esta época del año la gaya nota de sus colorines, y al fondo se veía Peñalara todavía con nieve en sus crestas, como epílogo del invierno. Sólo encontramos en la carretera algunos campesinos que pugnaban por contener a sus espantadas cabalgaduras, aún poco familiarizadas con el estruendo de los automóviles y que, al paso del nuestro, ponían de su parte cuanto podían por huir.

Pronto fuimos dejando atrás los pueblos de Vicolozano, Berrocalejo, Mediana, Ojos Albos y Aldeavieja, con sus correspondientes cigüeñas que habían ya tomado posesión de las torrecillas de las iglesias, para salir, tres kilómetros más lejos, del límite de la provincia de Avila y entrar en la de Segovia, llegando muy pronto a Villacastín, pueblo sin importancia alguna, pero que cuenta con una magnífica iglesia parroquial, para ver la cual se hizo un alto. Fué construida en el siglo XVI y es de orden gótico con hermosas fachadas y tres naves de gran esbeltez sostenidas por estriadas columnas que producen el mejor efecto. La adornan buenos retablos y es muy hermoso el de la capilla mayor. Hay, además, en esta iglesia estimables cuadros de Alfonso Herrera.

Nuevamente en marcha, después de cruzar los pueblecillos de Fuentemilanos, Madrona y Perogordo, sin el menor contratiempo, llegamos a Segovia hacia las dos de la tarde.

\* \* \*

Muchos son los históricos recuerdos que evocan los viejos monumentos y edificios de esta antigua ciudad del reino de Castilla, de origen anterior a la dominación romana, bajo la cual comienza su importancia y bien lo pregonan su magnífico acueducto, estimado como una de las maravillas del mundo, capaz por sí solo para llamar la atención hacia Segovia. Por todos es sabido el importantísimo papel que le tocó desempeñar en la historia de Castilla, y la más interesante de sus páginas es la parte que tomó en la lucha de los comuneros de Castilla.

Con gran acierto, el "chauffeur" que nos conducía, para entrar en la ciudad dió una vuelta que permitió apreciar la magnífica situación que ocupa. Emplazada en una gran eminencia, a orillas del río Eresma, que

da frescura a las frondosas umbrías que la rodean, presenta el más bello conjunto dominado por la mole del Alcázar.

Luego de un bien servido almuerzo, que nos devolvió las fuerzas, comenzamos nuestra visita, como en Avila, por la catedral. Es hermana casi gemela de la de Salamanca y demostración de cómo, aún en momento en que iba cundiendo el nuevo estilo del renacimiento, era empleado el ojival con aquel singular esplendor con que se despide antes de ceder por entero el paso a la modalidad que ha de sucederle. Su edificación comenzó en 1525, siendo, según fama, menester derribar más de cien casas para su emplazamiento. Llamaron nuestra atención los ábsides de esbeltas agujas coronados; la elevada torre y el pórtico de la plaza; la capilla mayor con la Virgen de la Paz de marfil y plata y buenos tapices que decoran los paramentos laterales, pertenecientes a la colección que cuelga de los muros de la suntuosa Sala capitular, tapices todos ellos en admirable estado de conservación; la sillería del coro; las diversas capillas con rejas, cuadros y sepulcros; el Cristo de los Marqueses de Lozoya, que destaca sobre retablo de cerámica del insigne Daniel Zuloaga y el claustro gótico, que es el mismo de la antigua catedral, con singular cuidado trasladado a ésta.

Al salir de la catedral entramos en el palacio del Marqués del Arco, que está enfrente. La fachada, el zaguán y el patio con hermosos medallones decorado, nos gustaron mucho.

Sólo al exterior, por estar ya cerrada, vimos la iglesia de San Andrés, camino del Alcázar. Desde la explanada que éste tiene delante, donde estuvo la catedral románica, arruinada por las luchas de las Comunidades, abarca la mirada el frondoso y dilatado valle en el que se alza el Monasterio del Parral. Entre la esmeraldina verdura del bosque, algunos pavos reales, que adivinaban la curiosidad con que les observábamos, nos ofrecieron el bello espectáculo de la pompa de sus desplegadas colas.

Por su situación en la parte más alta del monte, era el Alcázar una fortaleza inexpugnable. El conjunto de cubos y torres resulta tan curioso como original. A la de Juan II, y dando así pruebas de infatigable resistencia, subieron algunos excursionistas, obteniendo, como premio a su esfuerzo, el incomparable goce del panorama que desde tal altura se abarca. El conserje, amablemente, nos acompañó en la visita de lo poco que puede verse (Museo, Capilla, Salón de los Reyes, etc.), por estar,



Catedral de Segovia.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

Palacio de Rio Frio (Segovia.)

como es sabido, el edificio consagrado a Archivo general militar. Después del incendio que destruyó el Alcázar en 1862, la restauración llevada a cabo es perfecta.

Deseosos de rendir el tributo debido a la memoria del gran ceramista Daniel Zoloaga, nos encaminamos a San Juan de los Caballeros. En el viejo templo, de bellísima portada, adecuado marco para la industria que allí se desarrolla, continúan los hijos del maestro, con acierto y entusiasmo, la labor del artista ilustre, y fueron tan amables que nos enseñaron desde el horno, que se hallaba en actividad, hasta la suntuosa exposición de las piezas ya dispuestas para la venta, dándonos toda clase de detalles sobre la técnica de la fabricación. Gratisimo recuerdo conservaremos siempre del tiempo que allí permanecemos.

Después de esta visita, última de las que juntos hicimos el día 16, cada cual, procurando satisfacer sus aficiones, se dedicó a recorrer la ciudad en busca de las innumerables bellezas que ofrecen las construcciones cíviles, que aun desafían los rigores de los siglos y los, quizá más temibles, de los hombres. Entre ellas parece obligado citar, por lo menos, la Casa de los Picos, la de Juan Bravo, la del Marqués de Lozoya y otras decoradas con precioso esgrafiado que hoy se imita con tan poca fortuna en las modernas edificaciones.

Un paseo nocturno por Segovia es bien interesante. Las sombras de la noche mitigan el mal efecto que de día producen las desdichadas construcciones modernas, y es posible forjarse la ilusión de que la musa de Jorge Manrique aún canta en las empinadas callejas impregnadas de poesía.

Las primeras horas de la mañana del 18 las dedicamos a la iglesia de San Martín, que bien lo merecen su magnífico pórtico gótico, el Cristo yacente de Gregorio Fernández y otras obras que atesora; a las once, en el mismo automóvil en que hicimos el viaje desde Ávila, fuimos al Parral, a la Vera Cruz y a la Fuencisla, recreándonos en el camino con los más bellos paisajes.

Vecino de la Vera Cruz, en aquel delicioso valle del Eresma, del que es atalaya el magnífico Alcazar segoviano, es el Monasterio del Parral, la joya artística de mayor riqueza de Segovia. Se atribuye su construcción al Rey Enrique IV y al Marqués de Villena. Su portada gótica es bellísima y muy notables la nave de la iglesia, la capilla mayor, con su retablo plateresco, y la sacristía. La sillería del coro está en el Museo

arqueológico nacional. Sorprenden los grandiosos sepulcros del Marqués de Villena y de su esposa, y causan al turista honda melancolía los casi derruidos claustros.

Entramos también en la Fábrica antigua de la moneda, cercana al Monasterio, hoy dedicada a la molturación de trigo. Poéticos son sus jardines, y, desde un balcón de la fachada posterior, que está sobre el río, se ofrece precioso panorama, que tiene el Parral por fondo.

El templo de la Vera Cruz, con sus dos recintos concéntricos, monumento románico del siglo XIII, donde los caballeros templarios celebraban su culto, es tenido como uno de los más importantes de su género en Europa, y bien merece la visita que le dedicamos. De los excursionistas, agrupados en la portada, obtuvimos una bonita fotografía.

Digno remate tuvo en la Fuencisla — de tanta devoción para los segovianos — nuestro paseo matinal. El milagro de María del Salto, la judía condenada a ser arrojada desde las peñas, que un relieve perpetúa en el arco de la carretera de Valladolid, dió origen al templo. Bellos son la imagen de la Virgen, el retablo y la reja, y muy curiosa la vitrina incrustada de monedas acuñadas en la segoviana fábrica, vitrina en la cual se guardan valiosos objetos a la Virgen ofrecidos por un generoso devoto. La fuente y el arbolado, tan frondoso, plantado delante del templo, hacen el paraje agradable en extremo. Sobre la puerta de la iglesia una lápida dice la indulgencia que se concede al que rezare cuanto allí se marca. Con gran unción lo hicieron, galantemente acompañadas de piadoso caballero, las señoritas que de la caravana formaban parte.

Por la tarde hubo aún lugar para visitar el Museo antes de partir para Riofrío. Esta regia posesión, que dista de Segovia poco más de nueve kilómetros, es un bosque de 700 hectáreas, rodeado por alta tapia de mampostería, poblado de encinas, enebros, fresnos y álamos, con buenos pastos que alimentan multitud de gamos, muchos de los cuales tuvimos ocasión de ver durante el camino, que contemplaban nuestro paso con verdadera indiferencia, sospechando, sin duda, que de nuestro continente pacífico no podían esperar mal ninguno, que bien saben que no lanzan mortíferos proyectiles las máquinas fotográficas. Podían seguir tranquilos, que la caza a que se dedica la Sociedad Española de Excursiones es bien distinta. No miran con tanto desdén al erudito que a ellas se acerca ciertas empolvadas tablas que duermen sueño de siglos en ignorados ermitorios y que, a veces, cuando no están colgadas al alcance

de la mano, suelen ser conmovidas en lo más hondo de las fibras de su medio apolillada madera por los golpes de la contera del paraguas de algún experto descubridor de joyas artísticas, que de esa manera se asegura de hallarse ante una tabla y no frente a un lienzo.

El palacio y dependencias anejas se alzan en la cúspide de un alto cerro. En 1752 dieron principio los trabajos de edificación, según planos del arquitecto Rabaglio, aprobados por la reina D.<sup>a</sup> Isabel de Farnesio, que un año antes había adquirido los terrenos. Se pensó en edificar un monasterio, una iglesia y cuarteles de guardias valonas y de corps, proyectos que no tuvieron realidad, y el palacio no fué del todo terminado hasta el reinado de Carlos III. Sus fachadas son iguales en un todo, y están coronadas por balaustradas de piedra con jarrones. En el patio principal hay un gran pórtico, sobre el cual se apoya el cornisamento, sirviendo de base a una galería cubierta, adornada con pilastras de granito. La escalera, que es magnífica, por su esbeltez y severidad recuerda la del Palacio Real de Madrid. Las figuras que adornan la balaustrada, así como los jarrones que coronan el edificio, son de Bartolomé Sexmini.

Hace cuarenta años, Breñosa y Castellarnau dicen en su *Gula de la Granja* que las habitaciones de este palacio "se hallan decoradas y amuebladas con una sencillez rayana de la pobreza". Lejos de mejorar tal estado, hoy se ofrecen al visitante esas estancias casi desalquiladas en su mayoría, y únicamente siguen pendientes de sus muros casi todos los cuadros (entre ellos el retrato de Antonia Fernández, conocida con el nombre de *La Caramba*, célebre cómica del siglo XVIII, lienzo que se dice pintó Goya), reseñados en la Guía citada, y que en los tiempos de su publicación ascendían al respetable número de 658. Según nuestras referencias, muchas de estas pictóricas obras parecen destinadas a decorar el nuevo Palacio Real de Pedralbes. El poco tiempo de que disponíamos no nos permitió examinar tantas telas (sólo en una sala hay 149, que representan pasajes de la Historia Sagrada); pero ello no es sensible, porque son contados los cuadros buenos que allí quedan, y abundan bastante las copias.

También se dedicaron algunos minutos a la fábrica de salazón, que en dependencia aneja al palacio funciona desde hace no mucho tiempo, bajo la dirección del Príncipe de Asturias, y no fueron pocos los excursionistas que aprovecharon la ocasión para adquirir embutidos de los que allí se elaboran.

A la caída de la tarde nos pusimos nuevamente en marcha, para llegar al Real Sitio de San Ildefonso antes que anoheciera. Ya cerca de la Granja, las voces de los que por mejor admirar la belleza del panorama hicieron esta parte del viaje en la baca del automóvil, demandaron que el vehículo parara, y, hecho como se pedía, vinimos en conocimiento de que el aire había arrebatado la gorra a un compañero. Recuperada, entre el regocijo del concurso, sin otro incidente llegamos a la plaza de palacio, que tiene por fondo la Colegiata, y pudimos apreciar con sentimiento los grandes estragos producidos por el incendio en el palacio que Felipe V mandara construir al arquitecto Ardemans en el mismo sitio donde siglos antes dedicara Enrique IV una ermita a San Ildefonso.

El tiempo, que ya en las últimas horas de nuestra permanencia en Segovia había dado muestras de dejar de favorecernos con su esplendor, se tornó hosco, y el domingo 18, si se nos permite usar una frase tan vulgar como gráfica, podemos decir que amaneció lloviendo más que cuando enterraron a Zafra. Ello no impidió que se paseara por los versallescos jardines, poblados de olmos, tilos y castaños, donde todos, y de muy singular manera los aficionados a la fotografía, dimos pruebas de nuestra intrepidez y entusiasmo. Una por una fueron recorridas y admiradas las fuentes de la *Fama*, *Baños de Diana*, *Ranas*, *Ocho calles*, *Tazas*, *Dragones*, *Canastillo*, *Andrómeda*, *Apolo*, *Neptuno*, *Abarico*, *Cacahuetes*, *Anfitrite*, *Tres Gracias*, *Vientos* y *Selva*, que resaltando sobre el tupido y verde follaje que las sirve de fondo, producen admirable efecto. Lo verdaderamente notable y curioso de estas fuentes es, como se sabe, la gran cantidad de agua que arrojan y los mil surtidores que en ellas se cruzan, formando tan vistosos como complicados juegos, espectáculo que sólo es dable contemplar en días señalados, y no lo era este de nuestra estancia en el Real Sitio.

Recorrimos la parte del palacio, teatro de importantes episodios históricos, que el fuego respetó, admirando los muebles, jarrones, arañas, relojes y todas las riquezas que se guardan en aquellas estancias, donde el primer representante de la dinastía borbónica buscara reposo al abdicar la Corona.

Las pinturas de la Colegiata, de Maella y Balleu, el coro, sacristía y panteón de los reyes fundadores también fueron visitados; y, después de almorzar, se completó la excursión con un paseo en automóvil hasta

el sitio conocido por la Venta de los Mosquitos, al pie de las "siete re-vueltas". Pasamos por los pinares y pueblo de Valsain, donde aún se alzan los restos del palacio que en tiempos lejanos frecuentaran los reyes de Castilla, y disfrutamos los agrestes panoramas que allí la Naturaleza prodiga, algunos tan pintorescos como la Boca del Asno, donde el río Valsain discurre por estrecho cauce entre moles de granito, a lo que debe su raro nombre, formando el agua al caer distintos saltos para salvar el gran desnivel que ofrece su rocoso lecho. Verdaderamente delicioso resultó este paseo. De regreso en Segovia, tomamos el tren, satisfechos todos del éxito del viaje y de los cuatro días tan agradablemente pasados sin la más leve contrariedad, porque ni siquiera hubo discursos.

Por lo que afecta al importantísimo problema de hospedajes, etapas en automóvil y demás detalles, tan interesantes todos en esta clase de viajes, es justo declarar que D. Francisco Pérez Linares, apoderado de la Casa Hausser y Menet, encargado de estos menesteres por ausencia de nuestro querido Director, el veterano Sr. Ciria, tuvo ocasión, que supo aprovechar a maravilla, de dar nuevas pruebas de sus dotes de actividad e inteligencia. Los plácemes, tan sinceros como efusivos, que de todos recibió, son la mejor demostración del acierto con que supo desempeñar su difícil cometido.

PEDRO C. SORRIBES

Madrid, Junio 1924.

## LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES EN ACCIÓN

Excursión en auto-car a San Martín de Valdeiglesias, Cadalso de los Vidrios, Monasterio y Toros de Guisando el día 1.º de Junio de 1924.

Con gran concurrencia de socios se efectuó el día 1.º del corriente la excursión en auto-car a San Martín de Valdeiglesias, Cadalso de los Vidrios, Monasterio de Guisando, dirigida por nuestro ilustre consocio, y director del BOLETÍN, Sr. Conde de Polentinos.

A las siete y media de la mañana del citado día partió la caravana de la Puerta del Sol con dirección a los pintorescos pueblos e histórico monasterio mencionados, cuyo señorío perteneció en tiempos pasados al infortunado Maestre de Santiago y Gran Condestable, D. Alvaro de Luna, privado del rey D. Juan II de Castilla.

La mañana era hermosa y el Sol empezaba a calentar; a los pocos minutos atravesamos la puente segoviana y comenzamos a subir la empinada pendiente de la carretera de Extremadura, dejando luego a derecha e izquierda del camino los Campamentos para continuar a Alcorcón, pueblo de escaso vecindario, popular en España por la industria de sus cacharros de barro ordinario.

Paramos frente a su iglesia de ladrillo, sobre la cual se alza el humilde campanario, por ver si en el interior del templo había algo de notable que ver, pero desde el punto de vista artístico no encontramos nada interesante, pues únicamente el altar mayor y dos laterales de estilo barroco; el primero, con grandes columnas salomónicas, decoradas con guirnaldas de flores y otra profusión de elementos decorativos propios del gusto churrigueresco, llamó nuestra atención breves momentos.

Subimos otra vez en el auto y enfilamos carretera adelante con dirección a San Martín de Valdeiglesias, en donde teníamos proyectado almorzar; el paisaje es monótono al principio, llanuras pardas, barbechos,

sembrados y eriales se ven a ambos lados del camino, y en la lejanía, sirviendo de fondo a este paisaje árido, la silueta de la sierra del Guadarrama velada por la bruma de la mañana; a no muy larga distancia de la carretera, divisamos el histórico castillo y el pueblo de Villaviciosa de Odón, trayendo a nuestra memoria los acontecimientos ocurridos en el interior de la fortaleza durante el transcurso de los siglos. El castillo de Odón, después Villaviciosa, perteneció a los Condes de Chinchón, y en 1520 fué batido e incendiado por los Comuneros de Castilla a pesar de la defensa heroica de D. Fernando Cabrera.

El arquitecto Juan de Herrera convirtió después el castillo en palacio, y en 1759, el rey Fernando VI, a la muerte de su esposa, lo escogió para su retiro, en donde murió el mismo año.

La carretera serpentea; Brunete queda a la derecha rodeado de viñas y olivares y tierras de sembradura; un arroyo, bordeado por algunas choperas, alegra un poco el paisaje, destacándose a lo lejos la cordillera de la sierra, coronada por la nieve. Dos grandes yegüadas, con retozonas potrancas, atraviesan unos barbechos, y al fondo, montes y encinares anuncian la proximidad de las estribaciones de la sierra de Cadalso. Dejamos a nuestra izquierda el pueblo de Chapinería con su pardo caserío y hacemos alto en una venta, en la que algunos excursionistas toman un refrigerio. Subimos segunda vez al auto para proseguir nuestro viaje, pasando al poco rato por Navas del Rey, pueblo de aspecto serrano, que dejamos atrás rápidamente para internarnos en los montes. El paisaje, despertando de su árida monotonía, sorprende a los excursionistas con el grandioso espectáculo de la naturaleza; espesos pinares y grandes barrancadas nos rodean por todas partes; la carretera, describiendo grandes curvas en pendiente, obliga al auto-car a ejecutar difíciles virajes. El paisaje es muy agreste y pintoresco; cruzamos el río Alberche, que presentaba bonita perspectiva en sus riberas; después un bullicioso arroyo que corre entre peñascales con viejos y corpulentos pinos que satura ambiente de resina y frescor nos hace olvidar las inmensas sabanas de las llanuras y de la general desnudez del territorio de estos solitarios yermos de Castilla; al poco, y en nuestro frente, divisamos las ruinas de un gran edificio que se destacan del fondo de un espeso encinar, que cubre por completo un monte peñascoso. Es el antiguo Monasterio de San Pelayo, que, abandonado y desierto, surge del yermo sin revelarnos su historia ni la época de su fundación; se desmorona y hunde

lentamente causando honda impresión de tristeza al que las contempla. Descendemos del auto y nos aproximamos a una gran cerca formada por grandes sillares de piedra berroqueña, flanqueada por algunos torreones desmochados y ruinosos, que a manera de muralla exterior rodean el edificio, y circunvalando esta cerca penetramos en las grandiosas ruinas del monasterio; causa pena el contemplar desparramadas y medio ocultas por la maleza, jaramagos y tomillos, los sillares de piedra y demás miembros arquitectónicos del convento, iglesia, claustro y otras dependencias que formaban parte del monasterio, fragmentadas y desmoronadas sus labores.

Un gran frontispicio de piedra granítica con tres arcos de ingreso, con blasones en los laterales y el santo patrón en el del centro, que a manera de gran arco triunfal precede a la fachada de la iglesia, anuncian al visitante la importancia monumental y artística del monasterio. Este gran pórtico es de arquitectura herreriana y marcado gusto escurialense; está decorado con pilastra de poco relieve y coronado por un tímpano con tres esferas o bolas de piedra en su centro y extremos laterales. El claustro, que fué lo que primero visitamos, está también construido con buena piedra berroqueña; tiene grandes ventanales de arco apuntado, de estilo ojival en su último período, y su interior o galerías tienen bóvedas de arístón con nervaturas, que terminan en sus claves por florones decorativos; toda la decoración está en mal estado de conservación y borrados sus perfiles y adornos, y por la parte que da al jardín o patio hay contrafuertes de contrarresto, que han evitado su ruina; la premura y el poco tiempo que podíamos disponer me privaron de hacer un estudio detenido de este interesante claustro, que acusa una arquitectura de fines del glorioso reinado de los Reyes Católicos. (De este monasterio haré más adelante una monografía histórica y artística después de documentarme debidamente.)

La iglesia contemporánea del claustro, y por ende del mismo estilo, está compuesta por una nave de gran altura con bóvedas, que sostenían haces de nervios que arrancaban de columnas adheridas a los muros laterales del templo, y a ambos lados de esta gran nave conserva algunas capillas laterales que aun tienen lindas portadas platerescas, bien conservadas todavía. El templo se encuentra en deplorable ruina, teniendo hundida sus altas bóvedas, excepto una sola parte de su techumbre, que aunque diáfana muestra sus haces de nervaturas que destacan del



MONASTERIO DE SAN PELAYO (Madrid.)  
Portada.



CADALSO DE LOS VIDRIOS (Madrid.)  
Ruinas de una nave de la Iglesia.



MONASTERIO DE GUI SANDO (Madrid.)  
Claustro.



CADALSO DE LOS VIDRIOS (Madrid.)  
Palacio del Marqués de Villena.



Fots. Conde de Polentinos.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

LOS TOROS DE GUI SANDO (Madrid.)

azul del cielo como ramas que parten de su tronco de palmera. La fachada de esta iglesia es muy posterior, y sin duda alguna fué construida en el siglo XVII; tiene torre de espadaña y una gran puerta adintelada que da ingreso al templo con blasones heráldicos y algunos santos de piedra blanca patinados por los siglos. El exterior del templo está construido de buena y bien trabajada mampostería que se conserva en buen estado.

El convento y las demás dependencias del monasterio se encuentran en lastimosa ruina, labrados asimismo con piedra berroqueña; una gran torre cuadrada en el ángulo de la fachada da un aspecto majestuoso a estas construcciones que denotan ser construídas en los principios de la XVII centuria.

Abandonamos estas tristes y solitarias ruinas, y al alejarnos del ignorado monasterio vinieron a mi memoria aquellas melancólicas palabras de Job: "Voy a dormirme en el polvo, y si mañana me buscares ya no existiré." El pueblo de Pelayos de la Presa se encuentra a poca distancia del monasterio. Marchamos rápidamente a San Martín de Valdeiglesias, cuya carretera atraviesa por viñedos y olivares que rodean el pueblo en grande extensión, y contemplamos a la entrada de la dicha villa grandes y panzudas tinajas destinadas a contener el delicioso vino de su término, que saboreamos durante el almuerzo, a nuestro regreso del monasterio de Guisando; atravesamos esta villa para visitar antes de almorzar el citado monasterio que se encuentra a pocos kilómetros.

El monasterio de Guisando se halla como incrustado en la roca en donde tiene su asiento en las estribaciones de la sierra como si fuera un nido de águilas, y para llegar hasta él es preciso subir por un camino abierto en las peñas, formado por grandes rampas de difícil ascenso, que atraviesa bosques de seculares pinos y robledales que cubren en parte las empinadas peñas medio ocultas por los chaparros, tomillos, cantueso y otra infinidad de plantas silvestres que embalsaman el ambiente y alegran la vista con su diversidad de matices. El auto salva los empinados repechos del camino, y el espectáculo no puede ser más hermoso e imponente, pues el panorama que se contempla en dirección de Cadalso es maravilloso y pintoresco el enorme y puntiagudo monte que sobresale del fondo de la sierra, y el frondoso verdor y el caserío diseminado entre el paisaje del bosque producen un efecto sorprendente.

De vez en cuando la naturaleza salvaje sorprende al excursionista al trasponer de una roca o a la salida de un bosque; hay verdor y murmullo de fuentes y arroyos de agua cristalina por todas partes; el aire serrano que respiramos ensancha nuestros pulmones, haciendo nuestra respiración más ligera; por fin, después de ascender a gran altura del monte, llegamos a la entrada del monasterio, en donde descendemos del auto, frente a una artística fuente formada con piedras labradas de estilo plateresco, procedentes de las ruinas del monasterio, viéndose también artísticamente repartidos por las cercas de la entrada a la finca algunos capiteles y zapatas de piedra primorosamente esculpidas y talladas, procedentes también de las ruinas; acompañados por una bella y distinguida señorita que nos salió al encuentro y nos sirvió amablemente de guía penetramos en las ruinas de la que fué iglesia del monasterio, que se compone de una sola nave con algunas capillas, toda ella construída de buena sillería de piedra berroqueña, y denotando por su estilo y formas haber sido edificada en los últimos años del siglo xvi o comienzos del xvii; sin techumbre, y en gran parte cubierta por la hiedra trepadora, aparece esta parte del convento revestido de un encanto misterioso y poético. El claustro, del cual se conserva una gran parte de sus galerías, presenta un efecto fantástico, y se compone de galería alta y baja, sostenida por columnas con capiteles de orden dórico, que soportan preciosas zapatas con adornos de piedra, de donde arrancan arcos rebajados, formados por grandes dovelas de piedra, y repartidos por sus frentes se ven algunos extraños escudos y otros elementos de decoración, teniendo el vano de los arcos lisos antepechos de piedra. Esta parte del edificio es la mejor conservada, presentando un bonito aspecto con su bien cuidado jardín, formado por cuadros de arrayanes que tienen en su interior variedad de matizadas flores, fuente y diferentes jarrones, repartidos artísticamente.

La joven y distinguida señora marquesa de Castañiza, propietaria de la finca, acompañada de una linda joven, con exquisita amabilidad, nos enseñó toda la casa, demostrando mucha ilustración y refinado gusto artístico, pues el decorado, muebles y otros accesorios de los salones, galerías y otras dependencias del palacio armonizan notablemente con el carácter arquitectónico y severidad del monasterio y se ajustan al estilo netamente español de los siglos xvi y xvii. Esta dama española, castiza y de gusto depurado, además de salvar al monasterio de una

ruina completa, conserva el monumento dentro de su propio carácter de austeridad, sin reformas ni profanaciones artísticas, por lo cual los excursionistas que tuvimos el honor de ser acompañados en la breve visita al monasterio la felicitamos y admiramos por obra tan meritoria y digna de imitación. Las demás dependencias del antiguo monasterio son indudablemente del siglo xvi, a juzgar por algunas pequeñas ventanas de estilo ojival en su último período y otros detalles propios de aquella centuria (en un patio vimos unas interesantes portadas platerescas con blasones de los marqueses de Villena, que denotan la época de su construcción).

Despedidos cortesmente por la señora marquesa de Castañiza y personas de la familia montamos en el auto y abandonamos aquellas poéticas ruinas y amenos parajes para regresar a San Martín de Valdeiglesias, en donde nos esperaba el almuerzo, para después proseguir nuestra excursión (1).

Al descender del monte, y a corta distancia de su falda, nos detuvimos algún tiempo para ver los antiquísimos y famosos toros de Guisando, que en tierras de Castilla, y en el antiguo camino de Toledo a Avila, mirando hacia la sierra, entre viñas y tierras de sembradura, yacen maltrechos, y hundiendo entre el polvo y los abrojos de un erial sus pezuñas de desgastada piedra berroqueña, emplazados dentro de una gran cerca formada con las piedras de la derruida y antigua Venta de los Toros de Guisando, célebre en la historia por haber sido en ella, en 19 de Septiembre de 1468, jurada por heredera de los reinos de Castilla y León la augusta princesa D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, después reina. Saltamos el cercado, y a pocos pasos nos encontramos frente a cuatro monstruosos toros de piedra berroqueña, que puestos en banda y a pequeña distancia unos de otros entre aquella apartada soledad y salvaje naturaleza parecen hieráticas esfinges en medio del desierto; borrosas y desmoronadas por los siglos, y perdida su forma, estas arcaicas esculturas parecen animales antediluvianos que surgen de la tierra. Según algunos

(1) El antiguo monasterio de San Jerónimo de Guisando albergó muchas veces a Felipe II, que le visitaba frecuentemente mientras duró la construcción del monasterio de San Lorenzo del Escorial; una de ellas en 1561, acompañado por el Gran Duque de Alba y el célebre arquitecto Juan Bautista de Toledo, que ya iba haciendo el diseño del de San Lorenzo del Escorial. Las grutas de Guisando dieron el primer asilo a los ermitaños de Italia que echaron los cimientos a la orden Jerónima.

historiadores antiguos y modernos los consideran como monumentos de la época romana y conmemoran el triunfo de alguna batalla célebre. Pedro de Medina, en el siglo xvi, dice que ya apenas se podían leer sus desgastadas y borrosas inscripciones, y Cervantes cita varias veces estos monstruosos toros de Guisando que en su tiempo eran cinco y al presente existen cuatro solamente. Después de impresionar algunas placas fotográficas y contemplar por última vez aquellos mudos y desconocidos monumentos conmemorativos, emprendimos de nuevo la marcha y llegamos a San Martín de Valdeiglesias, en donde nos sirvieron un opíparo y clásico almuerzo acompañado de exquisito vino de la tierra, que saboreamos con placer. Terminado el almuerzo, salimos a recorrer las calles de la villa en busca de algo de interés artístico que mereciese la pena de ser fotografiado o descrito en esta crónica.

San Martín de Valdeiglesias es una villa de relativa importancia y aspecto simpático y pintoresco; ya en el siglo xii se establecieron en ella los cisternienses. La villa perteneció a D. Alvaro de Luna, y poseyó, hasta no hace muchos años, una rica y famosa sillería de coro con preciosos relieves platerescos que pasaron de los sótanos de la Universidad de Madrid a la moderna iglesia prioral de Ciudad Real; lo que más llamó nuestra atención después del castillo fué una hidalga casona en la calle Real, que tiene una preciosa ventana blasonada, rompiendo el ángulo de la fachada, muy análoga a la casa en que nació Felipe II en Valladolid: la iglesia principal de la villa quedó sin terminar y no ofrece interés artístico. Lo más notable de San Martín de Valdeiglesias es su castillo emplazado en la cumbre del cerro, a cuyas laderas o vertientes se desparrama el caserío, compuesto por callejas en pendiente con vetustas casucas de piedra de aspecto medioeval, hasta llegar al llano donde las construcciones son más modernas; como centinela vigilante se destaca la vetusta fortaleza, oteando el campo y sus contornos, sobresaliendo la torre del homenaje por encima de sus murallas y desmochados torreones, construídos con piedra berroqueña, presentando un aspecto imponente y guerrero. En su interior y plaza de armas no pudimos penetrar por encontrarse cerrada y tener la llave de la puerta una persona del pueblo, habiendo en el interior del castillo una prolífica familia de conejos, según nos dijeron unas mujerucas. En la accidentada vida del condestable D. Alvaro de Luna esta fortaleza figura como uno de sus mejores y más importantes baluartes. Reunidos todos los excu-

sionistas que se habían ido por las calles de la villa en busca de impresiones y algo interesante que fotografiar, subimos al auto y partimos con dirección a Cadalso de los Vidrios, en la que entramos ya avanzada la tarde, y atravesando algunas calles del pueblo marchamos directamente al antiguo palacio de los duques de Escalona y marqueses de Villena, monumento el más importante de Cadalso. Cadalso de los Vidrios está situado en un repliegue de la sierra de Gredos y en el viejo camino de Toledo a Avila, y en tiempos pasados fué del Señorío de Escalona perteneciente a D. Alvaro de Luna; después a los Pachecos, marqueses de Villena y duques de Escalona, que le frecuentaban mucho como cazadero, acompañados por los reyes Juan II y Enrique IV. Después la industria de sus vidrios dió renombre y fama a Cadalso y llevó el bienestar a sus vecinos. El palacio de los duques de Escalona por escritura de 1534 y 1586 se viene en conocimiento que el palacio, jardín y huerta pertenecían en aquel tiempo a D. Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena, en cuya fecha ya estaba construído el palacio; su estilo es el de Renacimiento español del tiempo del Emperador Carlos V, pero de gusto marcadamente italiano, como lo demuestra las galerías que dan al jardín y multitud de detalles clásicos que se echan de ver por todo el edificio, que traen a la memoria las villas italianas del siglo XVI; por algunos préstamos de censos parece que le tuvieron los Figueroa y Acuña bastante tiempo en su poder; el plano levantado por el arquitecto D. Ventura Rodríguez en 1777, por encargo del infante D. Luis de Borbón, nos demuestra que ya en el siglo XVIII pertenecía otra vez el palacio a los de Villena, pasando en el siglo XIX a ser propiedad de un particular; en 1917, un gran incendio consumió los magníficos artesonados de los salones y demás dependencias del palacio, salvándose solamente la sólida construcción de piedra y otros muros de ladrillo.

Cuando D. Ventura Rodríguez hizo la planta para su reforma, el palacio había ya sido desfigurado muchas veces, y posteriormente se modificó muchas partes del monumento, como se echa de ver a simple vista. La fachada es del Renacimiento español y está mejor conservada que lo demás del edificio que se encuentra en peor estado. La galería que da a la parte del jardín está compuesta por un calado pórtico que tiene planta baja y una galería corrida en la principal con un mirador que avanza en el centro y está todo compuesto y sostenido por colum-

nas con capiteles de orden jónico con zapatas y dinteles primorosamente tallados. Las otras fachadas tienen sus ventanas decoradas con guardapolvos de estilo plateresco. El jardín, de traza italiana en su disposición y detalles, es también del Renacimiento español, y en tiempo de sus señores los duques de Escalona y marqueses de Villena debió de ser magnífico y de los más típicos de España. Es rectangular y está encuadrado por la fachada y una ancha arca con galerías abiertas a la parte del jardín, teniendo bancos en los huecos para mirar al exterior. En el centro del jardín se alza un lindo templete de forma octógona con columnas, desfigurado modernamente, y esparcidos y tirados por tierra por todo el espacio de lo que sería espléndido jardín se ven blancos fustes y bien labrados capiteles de blanco mármol y una gran taza de fuente de forma cóncava que se encuentra arrinconada en un extremo, demostrando cuán artísticamente debió estar decorada esta parte del palacio.

Cerca del jardín está la huerta con un grande y profundo estanque rodeado por antepechos de piedra y preciosos bancos del mismo material, resguardados por lindos cupulinos en forma de concha que servían para presenciar cómodamente las fiestas navales o juegos náuticos que se celebrarían en el centro del gran estanque.

Casi todo el edificio está construido por buena sillería de piedra berroqueña, y al presente el palacio se encuentra en completo abandono y en estado ruinoso, no siendo de extrañar que en tiempo no muy lejano desaparezca completamente este interesantísimo monumento arquitectónico para aprovechar sus materiales como ocurrió no ha muchos años con el célebre castillo de Escalona (1) y el incomparable palacio de Torrijos y otro sinfín de monumentos que la avaricia, la ignorancia y la barbarie destruyeron, privando a España de ese patrimonio artístico que nos legaron nuestros antepasados. Cadalso de los Vidrios conserva aún algunas portadas artísticas, siendo una de ellas la llamada vulgarmente casa del cura y la de los salvajes, que dicen en el pueblo, por estar decorada con dos figuras extrañas. Después de impresionar infini-

(1) Del castillo de Escalona destruyeron el patio de honor para llevarse las columnas, que la mayor parte están sirviendo de soportes en una bodega del término, y las restantes forman parte de los soportales de la Casa Consistorial de la villa. Del palacio de Torrijos no queda ni rastro.

dad de placas fotográficas y tomar algunas notas y apuntes, abandonamos el pueblo cuando empezaba a declinar la tarde, emprendiendo nuestro regreso a la corte repasando otra vez el río Alberche por un hermoso puente moderno de gran longitud, desde el cual presenciamos bonitos paisajes, siendo también el camino muy pintoresco, pues los bosques de encinas, de pinos, viñas y olivares cubren el suelo, cuyas ondulaciones terminan en la cordillera.

En Navalcarnero (1) hicimos alto y descendimos del auto para tomar cerveza en la plaza, continuando después nuestro viaje de regreso, entrando en la villa y corte a las nueve y media de la noche.

La Sociedad Española de Excursiones habría de repetir esta excursión con más detenimiento, seguros que sería grata a nuestros consocios.

### ANASTASIO PÁRAMO DE PANTOJA

Del Patronato del Museo Nacional de Artes Industriales y Decorativas

(1) En esta villa se efectuó el enlace del rey Felipe IV con D.<sup>a</sup> Mariana de Austria, en 1649.

## NECROLOGIA

### D. José María Florit Arizcun

En 18 de Agosto y en Salinas (Oviedo), donde estaba pasando una temporada, falleció repentinamente nuestro querido consocio y colaborador D. José M.<sup>a</sup> Florit.

Dedicado desde muy joven al estudio de la arqueología y muy especialmente al de las armas y armaduras antiguas, en unión de su amigo el Conde de Valencia de Don Juan, de quien recibió muchas de las enseñanzas, llegó a ser en esta rama de la arqueología una verdadera autoridad, consultada siempre con respeto por cuantos se dedicaban a coleccionar toda clase de armas.

A la muerte del Conde de Valencia de Don Juan fué nombrado Conservador de la Armería Real, y en este puesto, que tuvo hasta su muerte, clasificó armas y armaduras que no se sabía a quién pertenecían, como la armadura para caza, de un lebre; deshizo falsas atribuciones, y de otras de las que no se tenían datos de ningún género, averiguó las épocas y las personas a quien habían pertenecido.

Fué comisionado por S. M. el Rey para que arreglase en el Palacio del Real Monasterio de El Escorial las habitaciones que habían sido de Felipe II. En poco tiempo, valiéndose de inventarios antiguos de la casa y relaciones de cronistas y personas de la época, las volvió al estado en que estaban cuando el austero monarca de la Casa de Austria las habitaba; sacando muebles, tapices, alacenas y lámparas de otros palacios y aun de desvanes, donde estaban guardados, llegando a reconstituir las que hoy se enseñan al público, impidiéndole la muerte continuar su obra y terminar las que aun faltaban.

El Sr. Florit era, además, un pintor distinguido, cualidad que pocos conocían por su excesiva modestia.

Asiduo concurrente a las reuniones de arqueólogos y coleccionistas de objetos antiguos que se celebraban los domingos, primero en la morada del difunto y ya citado Conde de Valencia de Don Juan, y después en la de D. Guillermo Osma, y últimamente en el Instituto de Valencia de Don Juan, su opinión era siempre oída con gusto y respeto; no se limitaba a asistir de oyente y discutir los objetos, sino que fruto de sus asistencias a estas tertulias es un álbum de caricaturas de los concurrentes de los domingos, llenas de intención y de gracia, en las que se retrataba la parte criticable del caricaturizado sin que éste ni nadie pudiera mortificarse por ello, y en cuyo álbum figuran cuantos han tenido y tienen aficiones al arte y a la arqueología, muchos de ellos ya fallecidos.

Pertenecía el Sr. Florit a la Junta de Iconografía Nacional y era concejal del Ayuntamiento de Madrid, donde tenía el pensamiento de trabajar por que se conservase bien lo poco que queda antiguo y artístico en Madrid y se respetasen como se deben los monumentos que nos legaron otras generaciones anteriores.

Dios haya acogido en su seno el alma del amigo y el compañero infatigable que deja un gran vacío entre nosotros.

LA REDACCIÓN